



Terror
Fantasía
Ciencia Ficción



23



Ediciones Turas Mór

malafis 2011



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Gungnir</i> (VÍCTOR M. VALENZUELA).....	5
<i>Asimetría</i> (GUSTAVO D. CAMPANELLI).....	16
<i>Amor sin barreras</i> (PATRICIA KIEFFER).....	18
<i>Mamut</i> (GUSTAVO VALITUTTI).....	21
<i>Edipo, viajero en el tiempo</i> (MAURICIO DEL CASTILLO).....	24
<i>Cintia Torres y su especial percepción de la realidad</i> (PATRICIO CHAIJA).....	33
<i>Eternidad</i> (CÉSAR R. LUCIO PALACIO).....	37
<i>¿A vos te parece?</i> (RICARDO G. GIORNO).....	40
<i>El llanto de Adrián</i> (IGNACIO R. GONZÁLEZ).....	44
<i>El otro lado</i> (ARIEL C. DELGADO).....	47
<i>Con doble vuelta de llave</i> (CLAUDIA CORTALEZZI).....	49

NM

www.revistanm.com.ar

<http://sites.google.com/site/revistanm>

directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1201190940414

Se agradece por haber tomado parte en este número a: OMAR MUNÁRRIZ,
JUAN MANUEL VALITUTTI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "El 'bondi' tarda en todas partes"
(CLAUDIO "MALÉFICO" ANDAUR —<http://studioquimera.blogspot.com/>—)

EDITORIAL

Las nuevas deidades de Occidente son el Éxito y la Felicidad. El uno es la causa y excusa para la otra y se comportan como estrellas binarias. Los humanos las orbitan como planetas, sin advertir que en el centro de masa en torno al cual giran no hay nada.

La sociedad nos impone ser exitosos a cualquier precio y nos endilga la obligación de ser constantemente felices, cuando en realidad la acumulación de bienes, títulos y honores no implica, necesariamente, la realización personal —la mayoría de las veces es todo lo contrario: genera ansias de más y más logros— y una sonrisa constante termina siendo una muestra de estulticia, antes que de alegría.

Así, la persona singular —aquella que ve más allá del hipnótico giro de las estrellas— suele verse menospreciada por el rebaño, que no advierte que cede su esencia al campo gravitatorio de aquéllas.

En nombre de una genérica y abstracta libertad individual, se olvida que ella implica una tremenda carga. En realidad, la auténtica libertad es resultado y reflejo del respeto por el orden y de la responsabilidad.

Fruto del pensamiento de la Ilustración y del liberalismo filosófico, como respuesta al despotismo anterior, el concepto de autoridad pasó del soberano a una sociedad genérica y utópica. Se dejó de lado —porque es más cómodo— que el dominio debe ser servicio y se reemplazó a la responsabilidad y a las obligaciones por una idea abstracta de contrato social. Paralelamente, continuando con la ruptura de los moldes anteriores, se fueron socavando los cimientos de lo sacro.

Pero, evidentemente, el ser humano tiene un atavismo que supera a la razón divinizada.

En *Los hermanos Karamazov*, uno de los personajes dice: “Si Dios no existe, todo está permitido”. SARTRE tomó esa frase para justificar el existencialismo, pero la frase de DOSTOIEVSKI finalizaba: “[Y] si todo está permitido la vida es imposible”. Quizá por eso la humanidad siguió construyendo ídolos como Éxito y Felicidad.

Revistas como ésta, en un mercado como el latinoamericano —donde el mote fácil y ambiguo del género “ciencia ficción”, pensado para las mesas de las librerías, cierra las puertas—, no siguen ese rumbo. Publicaciones como **Cuásar**, **Axxón** o **Próxima**, entre otras, son el producto agonal de un esfuerzo continuado de los (ir)responsables que las creamos.

Sabemos casi con certeza que el éxito económico no nos acompañará; más de una vez padecemos sinsabores y disgustos. Pero nos mantenemos en la brecha, porque somos conscientes de lo importante que es lograr ese pequeño triunfo de cada nuevo número y disfrutamos de la alegría que eso nos provoca en medio de cada una de las luchas cotidianas. Es una forma de vivir que está más allá del sobrevivir.

Todo eso —por cierto— no sería posible sin el esfuerzo continuo de los colaboradores, de los escritores y dibujantes que quieren publicar sus trabajos, de aquellos que hacen donaciones que ayudan a cubrir los gastos que demanda mantener el espacio en Internet, de todos los que brindan su apoyo desinteresado. Todo eso, a su vez, no tendría sentido sin la imprescindible presencia de los lectores. Seguramente, **NM** no les traerá éxito ni felicidad, pero sí un material interesante del que puedan disfrutar.

Al menos, ésa es la intención.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.3. Las imágenes se trabajaron con XnView 1.97.8 y Gimp 2.6. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDFtweak 0.9.5.

GUNGNIR

VÍCTOR M. VALENZUELA

El Guerrero se dejó caer exhausto mirando con tristeza la devastación creada por la feroz batalla. La tierra presentaba profundas cicatrices que tardarían generaciones en curarse, la vida había desaparecido en incontables leguas a la redonda y la pesilencia de la violencia había corrompido todo a su paso.

No había cadáveres; el arma Gungnir pulverizaba todo, dejando sólo el rastro de la destrucción. Por un instante le pareció oír el llanto de la Diosa Madre, herida por la simple visión de la barbarie liberada en su nombre.

A su lado, Gungnir se manifestaba como una fluctuación en la visión, una negrura que no se podía ver, pero que se apreciaba en forma de frío, angustia y miedo.

El Guerrero se levantó tambaleante, maltrecho por sus heridas.

Se concentró en Gungnir y el arma se replegó sobre sí misma; la recogió, guardándola con cuidado. Se dirigió a trompicones lejos de aquel nauseabundo lugar, intentando borrar sin éxito los recuerdos de la brutalidad. A su paso fue abandonando las piezas de su maltratada armadura de combate y al llegar a la fortaleza fue directamente a la gran sala del consejo.

—El Mal ha sido derrotado —exclamó sin preámbulos al entrar en el círculo de los oradores.

—¿Estás seguro? —preguntó la mayor de las sabias. Tenía los ojos entrecerrados y la frente perlada de sudor por el esfuerzo de mantenerse en contacto con las demás mujeres del consejo.

—Pregúntale a la Diosa Madre —escupió con rabia el Guerrero, todavía bajo la influencia de la batalla,

olvidando las normas de cortesía del consejo.

—No será necesario. El Mal ha sido erradicado de nuestro mundo —intercedió el maestro guardián.

—Tienes nuestro eterno agradecimiento —cantaron al unísono los miembros del consejo. El Guerrero se estremeció y estuvo a punto de desmayarse.

—Necesita atención médica —expresó el maestro sanador de cuerpos.

—Todavía no —dijo el Guerrero, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban—. Quisiera un favor a cambio de mis servicios.

—Adelante —indicó la mayor de las sabias, irguiéndose en toda su majestuosidad.

—Exijo que me borren los recuerdos de las barbaridades que fui obligado a cometer —explicó con voz firme, a pesar de los temblores que recorrían su cuerpo.

—¿Deseas conservar tus demás recuerdos? —preguntó la maestra sanadora de almas.

—No quiero olvidar a mis seres queridos —contestó con firmeza.

—¿Quisieras conservar tus habilidades? —volvió a preguntar la maestra sanadora de almas.

—Sólo las constructivas —respondió sin titubear.

—Se puede hacer —dijo la maestra sanadora de almas, después de consultar con sus hermanas.

—Que así sea. Serás liberado de tu carga y volverás a ser tú mismo —sentenció la mayor de las sabias.

El Guerrero no pudo agradecer al consejo pues cayó desplomado en mitad del círculo de oradores. Los

sanadores se precipitaron hacia él y derramaron sus cánticos curadores antes de que fuera demasiado tarde. Se lo llevaron con delicadeza a la bóveda de regeneración, para que pudiera completar su cura.

—Es fuerte; tiene grandes posibilidades de sobrevivir —indicó el maestro sanador de cuerpos antes de abandonar la sala del consejo.

El maestro de los ingenieros se levantó con cuidado de su lugar en el círculo del consejo y caminó despacio hacia el sitio que antes había ocupado el Guerrero. Se agachó y al levantarse extendió su brazo izquierdo hacia el consejo. En la palma de su mano una esfera refulgía con colores imposibles.

—Debemos decidir qué hacer con Gungnir —dijo el veterano maestro ingeniero.

—Destruyémosla —exclamaron varias voces cargadas de nerviosismo.

—Imposible —bramó el maestro ingeniero—. Si fuera posible destruirla lo habrían hecho nuestros enemigos. La fabricamos para que fuera indestructible.

—Escondámosla —volvieron a decir varias voces en coro.

—Demasiado arriesgado. Si alguien la encuentra puede someter al mundo; podría hasta matar a la Diosa Madre, si así lo quisiera.

Un bramido de dolor, incredulidad, miedo y asco recorrió el consejo al escuchar las violentas declaraciones del maestro ingeniero.

—Seguro que el maestro ingeniero tiene alguna idea —reveló la mayor de las sabias—. ¿No es así, maestro? —concluyó con una sonrisa.

—Hay que hacerla traspasar el manto de la Diosa Madre —dijo el maestro ingeniero con voz cansada.

—¿Cómo conoces esas artes? —exclamó casi en un grito la maestra sacerdotisa.

—Yo misma lo instruí —indicó la mayor de las sabias—. ¿De dónde crees que procede la energía de Gungnir? —preguntó mirando directamente a la maestra sacerdotisa.

—Pero eso podría romper el equilibrio... —empezó a protestar la maestra sacerdotisa.

—Está decidido —sentenció la mayor de las sabias—. La maestra sacerdotisa invocará a la Diosa Madre y ayudará al maestro ingeniero a que Gungnir cruce el manto hacia otro mundo.

Olaf se escurrió silenciosamente detrás de un tronco caído e intentó serenarse un poco. Recogió algo de musgo del suelo y lo aplicó a la herida que tenía en el costado; no era profunda, pero temía que se infectara. A lo lejos escuchó el relincho de un caballo y las voces de sus perseguidores. Afinó el oído y respiró aliviado al no oír el aullido de los perros. Necesitaba esconderse, comer y beber, pensó. Intentó no imaginar lo que le harían si lo encontraban; ya era malo ser un esclavo huido, pero era peor un cautivo que había herido a tres guardias en su fuga. Se levantó y corrió agachado hacia otro escondite próximo.

No llegó a su destino; un brillo cegador, seguido de un trueno ensordecedor, lo derribó como un muñeco de trapo. Se quedó allí caído, san-

grando por la conmoción, pensando que a algún dios iracundo no le gustaban los esclavos fugitivos.

Gungnir traspasó el manto que envuelve y sostiene los mundos y se materializó al otro lado. En milisegundos se reconfiguró para la realidad física del nuevo universo. Al adaptarse a ese mundo primitivo perdió inexorablemente parte de su inteligencia y poder. Aun así, seguía siendo un arma y sabía que necesitaba un portador. Lanzó una búsqueda a sus alrededores y encontró un nativo. Era pequeño, feo, blanquecino y parecía frágil, pero en su mente encontró un furioso guerrero y una noble personalidad. Reordenó su manifestación en ese espacio y se dejó caer a los pies de su nuevo señor.

Olaf se despertó angustiado al oír el tropel de caballos cercanos. Se levantó todavía conmocionado y vio una lanza a su lado. No tenía ni idea de dónde había salido; pensó que se la habían arrojado para matarlo y que habían fallado. La aferró con todas sus fuerzas y se preparó para morir luchando como le había enseñado su padre.

Elentári olfateó el aire y se estremeció al percibir el almizclado olor del ogro; la bestia no debía estar lejos. Recogió su cabello plateado para que no le estorbare y sacó una flecha del morral; dedicó una rápida plegaria y pidió perdón por la violencia que debería usar.

Se sentó en cuclillas en un claro del bosque con el arco en su regazo

y la flecha clavada en el suelo frente a ella, esperando pacientemente que la bestia la encontrase. Un rumor a su espalda le indicó que el ogro se acercaba. Tensó sus músculos y se preparó.

Un brillo cegador la envolvió y sus percepciones se volvieron locas; sintió que se hundía en la tierra y le explotaban los pulmones. Creyó caer pesadamente sobre un suelo húmedo. Cuando abrió finalmente los ojos, el sol brillaba con un imposible color amarillo y estaba en el sitio equivocado del horizonte. La hierba era de un tono verde extraño y el bosque entero olía a bestias que no conocía. Tensó el arco esperando el ataque del ogro pero éste no se hallaba en su línea de visión. Se concentró buscando a su gente. Nada; ni un pensamiento, ni una canción. Gritó con todas sus fuerzas al entender que la habían arrebatado de su mundo y de todo lo que amaba. Volvió a concentrarse buscando más criaturas y sintió la poderosa presencia de un poder que no supo identificar y la mucho más frágil conciencia de alguien que luchaba por su vida. Recogió sus armas y se dirigió a toda prisa hacia la batalla.

Olaf se concentró y esperó a que el primer jinete embistiera levantando su lanza, pero lo hizo en un ángulo equivocado y maldijo su torpeza, pues sabía que iba a fallar. Milagrosamente no fracasó y la lanza atravesó limpiamente al soldado; intentó desclavar el arma y al hacerlo prácticamente cortó por la mitad a su oponente. El caballo estaba entrenado para el com-

bate y se encabritó para patearlo. Por puro instinto alzó la lanza sobre su cabeza; el caballo relinchó de terror y corrió en estampida.

Se quedó mirando embobado la grupa del caballo que se alejaba a toda prisa, sintió un cosquilleo extraño en la mano que sujetaba la lanza y despertó de su ensoñación para ver al siguiente jinete, que galopaba hacia él con una jabalina en la mano. Su oponente la lanzó en un movimiento ensayado y acto seguido desenvainó su espada. En una reacción instintiva, casi incontrolada, Olaf trazó un arco con su lanza y desvió la jabalina en el último instante. En el mismo movimiento volteó sobre su cabeza la lanza, que impactó en el caballo, derribándolo. Una parte de su mente pensó que la lanza debería de haberse partido con el golpe, pero la adrenalina corría a raudales por sus venas y ensartó al oponente antes de que se levantara.

Dos jinetes se aproximaron y se pararon a más de veinte metros; lo miraron con rabia y de manera sincronizada tensaron sus arcos. Olaf se encomendó a los espíritus de sus antepasados y se preparó para morir. Antes apuntó a sus agresores y arrojó la lanza. Sabía que estaba demasiado lejos para hacer blanco pero era su despedida, su manera de decirles que no se había rendido. La lanza voló como una avispa furiosa y atravesó limpiamente a uno de los perseguidores. El otro miró incrédulo a su compañero, apuntó su arco y cayó fulminado por una flecha que atravesó su cota de malla y se clavó certeramente en su corazón.

Olaf contempló incrédulo primero cómo su lanza recorría una distancia imposible y luego se quedó asombrado sin saber qué había ocurrido con el segundo oponente. Un pequeño ruido a su espalda le hizo volverse.

Se encontró con una mujer de aspecto sorprendente. Tenía un largo cabello plateado, ojos de felino, unas orejas terminadas en punta y se movía con una gracia increíble, marcando cada pequeño músculo bajo una piel sin grasa. Despedía un tenue aroma exótico y agradable. Ella lo miró ladeando levemente la cabeza, como si sopesase algo, y terminó por sonreír, mostrando unos pequeños colmillos afilados.

—Tranquilo —susurró Elentári, aunque Olaf no la entendió, al mismo tiempo que, con una velocidad imposible para un humano, se abalanzó sobre él, lo sujetó y lo desarmó. Olaf intentó zafarse de su presa, pero ella lo aferraba con fuerza sobrehumana.

Elentári se separó y observó a Olaf con enormes ojos luminosos. Por unos instantes, su expresión fue inescrutable. Luego sonrió ampliamente, lo soltó y él cayó sentado, mareado.

Observador llevaba varios ciclos estudiando el inminente cambio de intensidad de una estrella lejana que respaldaría la validez de sus predicciones o que lo llevaría a empezar todo su trabajo desde cero. Abrió su mente e invocó a las fuerzas de la naturaleza para que lo ayudaran a expandir sus percepciones. Sin previo aviso, la trama de la realidad se rasgó y una presencia pura, poderosa y terrible

cruzó su plano de realidad. El vórtice que generó el portal lo succionó y se vio arrastrado con violencia por diversos planos, siguiendo la turbulenta estela de Gungnir.

Cuando la perturbación cesó, Observador cayó presa del pánico al percibir que estaba en un mundo tan alejado del suyo que le sería imposible sobrevivir mucho tiempo. Un universo de realidad única y lineal, una tierra primitiva y mortal. Reunió todas sus fuerzas y consiguió estabilizar su percepción del tiempo con la de la nueva realidad; por instinto, siguió el rastro de Gungnir.

Allí estaba; se había adaptado al contexto de esa tierra y estaba acompañado por dos criaturas. Una de ellas tenía conexión con la naturaleza y supo que tampoco pertenecía a este entorno; la otra era nativa.

Sabía que debería transmutarse para poder sobrevivir, pero había agotado casi toda su energía. Encontró un nativo caído y lo observó. Estudió su representación física y utilizó sus últimas fuerzas para reparar el maltrecho cuerpo y reconfigurar el primitivo órgano mental para albergar su psique. Antes de abandonar parte de sus facultades para encajarse en la reducida mente de su anfitrión, se conectó mentalmente con las dos criaturas. El macho era primitivo y tosco, pero parecía tener una bondad latente; le transmitió conocimientos y despejó su mente de prejuicios. La hembra pertenecía a otra especie y tenía una mente que permitía una rudimentaria conexión con las fuerzas de la naturaleza. Le contó su historia y le enseñó el idioma del macho.

Elentári sintió una presencia cálida a sus espaldas y se volvió. Al terminar el movimiento, una daga estaba en su mano izquierda y en la derecha sujetaba delicadamente una pequeña y mortal estrella afilada. El guerrero que había abatido con su flecha la miraba con los ojos muy abiertos, llevaba la flecha que había arrancado de su pecho en la mano y con la otra se quitó el casco, mostrando unas facciones que no encajaban con las de aquel bruto.

Un millón de voces aparecieron en la mente de Elentári, cantándole, dibujando mundos, narrando historias. Ella miró de soslayo a Olaf, que se estremecía sujetándose la cabeza con las manos.

—Me temo que nunca más voy a poder hacer eso —dijo Observador con un suspiro—. La energía que esta técnica necesita no está al alcance de este cuerpo.

Olaf se levantó y miró con admiración a sus compañeros.

—Gracias, Elentári; me has salvado la vida —dijo Olaf dirigiéndose a ella—. Gracias, Observador; me has transformado en un hombre sabio.

—No podía dejarte en la ignorancia; no sería ético —explicó Observador con un ademán.

—Si Gungnir te eligió es que merecías ayuda —gruñó Elentári—. Me estalla la cabeza —concluyó.

—Me temo que aprender un idioma bárbaro siempre es penoso —bromeó Observador.

—Las leyendas cuentan que los hechiceros no tienen sentido del humor —dijo Olaf.

—No soy un hechicero —retrucó Observador.

—En este mundo sí lo eres —expuso Elentári.

—Vamos. Tenemos trabajo —dijo Observador, girándose hacia el norte.

—Debemos ir al sur —expresó Olaf—. Al norte está el fortín de éstos —comentó, señalando a uno de los guerreros caídos.

—Debemos liberar a los demás esclavos —indicó Observador.

—Pronto anoecerá; debemos buscar un sitio para acampar —objetó Elentári, en un tono que no admitía replicas—. Además, debéis asearos. Apestaís.

—Todos los esclavos olemos así —dijo Olaf con tristeza

—Pensé que éste era el olor natural de los nativos —señaló Observador.

—Por allí —indicó Elentári, después de olfatear el aire.

Ella los guió certeramente hacia un pequeño riachuelo y después de observar unos minutos el entorno eligió el lugar del campamento. Luego desapareció en el bosque.

—He cazado esto. Espero que se puedan comer —dijo ella al volver con dos faisanes.

—Has tenido buen ojo —expuso Olaf al ver las piezas.

—No esperaréis que me coma a un animal muerto —objetó Observador con asco.

—No creo que tengas elección, de momento —indicó Elentári.

—¿Por qué quieres ir al sur? —preguntó Elentári a Observador después de la cena.

—Quiero dismantelar el complejo esclavista —contestó Observador sin titubear.

—Creo que moriremos. Pero te ayudaré —dijo Olaf—. Estoy cansado de huir.

—¿Por qué? —preguntó Elentári mientras limpiaba y afilaba una de sus flechas.

—Porque la esclavitud es la mayor aberración que he oído en mi vida —dijo Observador con el ceño fruncido.

—En ese caso, te ayudaré; mi pueblo tampoco la tolera en mi mundo —indicó Elentári.

—Me temo que veras atrocidades aún mayores en éste —dijo Olaf con tristeza.

—Mejor descansemos. Tendremos una larga jornada entonces —expuso Observador.

Por la mañana levantaron campamento y siguieron el curso del arroyo.

—¡Qué demonios...! —gritó Olaf, dejando caer la lanza de repente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elentári.

—La lanza me ha quemado la mano —gruñó Olaf.

—¿Me dejas intentar sostenerla? —preguntó Observador.

—Claro. Pero ten cuidado.

Observador recogió a Gungnir con precaución y, al tocarla, la esencia del arma entró en contacto con la mente del hechicero. Le narró que su pueblo la creó para erradicar un mal arcano y que luego la enviaron a través de los abismos cuánticos que sostienen y confinan las varias realidades, para evitar que pudiera

poner en peligro el equilibrio de su civilización. También le dijo que se detuvo en aquel plano de realidad porque había detectado que el Mal que combatía era muy fuerte en ese lugar. Observador asintió en silencio y finalmente entendió por qué sentía aquel extraño desasosiego desde que había llegado y por qué tenía la extraña y huidiza sensación de que debía combatir contra algo.

—Debemos buscar un herrero —dijo Observador, soltando a Gungnir con reverencia.

—¿Para qué quieres uno? —preguntó Elentári intrigada.

—El arma también viene de otro mundo y dice llamarse Gungnir —dijo Observador después de un momento—. Me ha contado muchas cosas. Pero quiere que forjemos tres dagas.

—¿Tres dagas? —dijo Olaf—. Yo mismo puedo hacerlo. Sólo necesitaré una forja.

—¿Por qué quiere que hagamos tres dagas? —insistió Elentári.

—Quiere que incorporemos una pequeña porción de la lanza en el acero de las dagas —contestó Observador lacónicamente.

—¿Y? —continuó insistiendo Elentári.

—Bueno... —dudó Observador—. La comunicación con Gungnir es difícil y no siempre hay puntos de referencias comunes. Pero parece que se siente sola y que además quiere protegernos.

—Esto es una locura... —empezó a decir Olaf.

—Entender a los espíritus de la naturaleza siempre es difícil —dijo Elentári, haciendo una pequeña re-

verencia—. Encontraremos una aldea hacia el este —concluyó.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Olaf extrañado—. Si nunca has estado aquí antes...

—Puedo oler el poblado —dijo ella, arrugando ligeramente la nariz.

Elentári los guió directamente al poblado, sólo parando ocasionalmente, cuando el viento cambiaba de dirección, para enseguida volver a encontrar el camino. Una vez en el poblado lo encontraron vacío y con señales de lucha.

—Los esclavistas también han estado aquí —dijo Observador.

—Están barriendo toda la comarca —indicó Olaf.

Encontraron la casa del herrero y Olaf empezó a preparar la forja. Observador lo interrumpió y empezó a enseñarle técnicas más elaboradas. Elentári buscó por el pueblo hierro que pudiera servir para fraguar las armas. Horas después empezaron el duro trabajo de transformar hierro impuro en acero de buena calidad, siguiendo las indicaciones de Observador. Cuando finalmente estuvieron listos los cuerpos de las dagas, Observador le pidió la lanza a Olaf y al sujetarla se desprendieron tres pequeños fragmentos.

Observador colocó uno de ellos en la hoja de la primera daga y se separó un poco. El puñal empezó a brillar mientras el pequeño pedazo de Gungnir parecía licuarse y envolver la lámina del arma.

—Dice llamarse Huginn y te ha elegido a ti —dijo Observador, tendiéndole la daga a Elentári.

—Muninn dice que sólo debes utilizarla para defenderte. —Observador le tendió el segundo puñal a Olaf, después de repetir el proceso.

—Ésta es Ratatosk —comentó Observador, estudiando la última lámina.

—¿Qué cualidades poseen? —preguntó Olaf, sopesando su arma.

—Lo ignoro —dijo Observador.

—Lo descubriremos en batalla —observó Elentári—. Ahora busquemos la fuente de tanto mal y acabemos con él.

—No va a ser necesario —apuntó Observador—. El mal se acerca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Olaf desde la puerta de la forja, mirando en todas direcciones.

—Puedo sentirlo —dijo Observador con un estremecimiento—. Pero, aunque no fuera así, ¡mirad! —Señaló a Gungnir, que resplandecía y parecía emitir un tenue zumbido.

—Si Gungnir desea entrar en batalla, yo no pienso defraudarla —indicó Olaf, asiendo la lanza.

—También puedo sentirlo ahora; se acerca una multitud —dijo Elentári.

—Acercaos, por favor —señaló Observador—. Cogeos de la mano.

Observador cerró los ojos y empezó a murmurar en un idioma desconocido para los otros. Elentári fue la primera en sentir la conexión; recibió la estrategia de Observador y una imagen detallada del campo de batalla. Olaf tardó un poco más, pero también percibió los conocimientos de Observador y se sorprendió muchísimo al recibir elaboradas técnicas de combate de Elentári. Observador también bebió los conocimientos de

ella y recibió los instintos de lucha y supervivencia de Olaf.

—Por Buri —exclamó Olaf, tambaleándose, al terminar la comunión.

—Tranquilo; el mareo sólo durará unos instantes —dijo Observador, mientras lo sujetaba.

El singular trío abandonó el taller del herrero y, sin mediar palabra, se dirigió al claro que había entre el poblado y el bosque.

Por el sendero se ven los primeros jinetes y el clamor de la horda que los sigue. Elentári hace una mueca al sentir el olor de los barbaros; aun así, eleva una plegaria pidiendo perdón por la muertes que va a infligir.

Encabeza el contingente un gran caballero con una armadura negra. Cabalga un enorme corcel también negro, levanta la mano y detiene la columna a una distancia segura de los tres; parece observarlos un momento y luego, ante otro gesto, seis jinetes se abalanzan en tropel hacia ellos. Ninguno consigue aproximarse. A una velocidad imposible para un humano, Elentári dispara sus flechas, que atraviesan las armaduras de los caballeros, dejándolos esparcidos por el campo de batalla. Una nube de flechas parte desde la hueste enemiga en dirección a ellos, pero ninguna consigue acercárseles; están demasiado lejos. Las flechas de Elentári siguen abatiendo caballeros a pesar de la gran distancia.

El caballero negro parece perder la paciencia y ordena un ataque frontal; una muralla de caballos desbocados y de humanos enfundados en acero se dirige a ellos implacable-

mente. Observador avanza unos pasos, desenvaina a Rataosk y la alza sobre su cabeza. Absolutamente todos los caballos se encabritan enloquecidos y acaban derribando a sus jinetes. El claro es un caos de corceles corriendo en todas direcciones y de caballeros confusos; los más próximos desenvainan sus espadas y corren enfurecidos hacia Observador. Olaf también se lanza hacia ellos empuñando a Gungnir; salta, finta, realiza un baile macabro y aniquila a diez combatientes en unos momentos. Elentári observa fascinada cómo Olaf lucha siguiendo sus propias técnicas. Sale del embrujo y sigue disparando sus flechas con precisión diabólica hasta que se queda sin pertrechos. Busca alrededor y encuentra un caballo; le canta en el idioma de los bosques hasta que el animal se tranquiliza y lo monta, desenvaina a Huginn y con su antigua daga en la otra mano va conduciendo el caballo sólo con las piernas, atravesando el campo de batalla y dejando un rastro de muertes certeras y casi quirúrgicas a su paso.

En el otro extremo del claro, el jinete negro observa con una mezcla de cólera y desdén cómo un insignificante guerrero y un demonio con el pelo blanco diezman a su caballería acorazada; le grita a su segundo que ordene avanzar a la infantería.

Observador continúa en el borde del claro murmurando para sí con Rataosk alzada sobre su cabeza, grita algo incomprensible y sujeta la daga con las dos manos; tiene una expresión feroz y todo su cuerpo tiembla con violencia.

El más fuerte de los guerreros encabeza la carrera seguido por varios guerreros de elite. Está muerto de miedo, pues ha visto a un simple esclavo sin armadura y a una extraña mujer diezmar a la caballería. A medida que avanza hacia sus enemigos siente más aprensión y es como si una muralla de pánico intangible le impidiese el avance. En un momento dado no aguanta más y corre en diagonal hacia el bosque, alejándose de la pesadilla. Los demás guerreros se paran en seco al ver a su líder huir en estampida y, después de unos segundos de incertidumbre, se desata el caos con todos los brutos huyendo de la batalla.

El jinete negro lanza una jabalina en dirección a Elentári, que consigue esquivarla aunque termina cayendo del caballo. En un movimiento fluido rueda sobre sí misma, corre hacia un enemigo abatido y le arranca una de sus flechas. Descuelga el arco de su espalda y le apunta con cuidado al jinete negro; la saeta impacta en el caballero pero rebota inofensivamente en su armadura negra. El jinete desenvaina una pesada espada azulada y galopa directamente hacia ella, que mira alrededor buscando otra flecha.

Olaf siente a Gungnir vibrar en su mano y la arroja en dirección al caballero. El guerrero encabrita el caballo pero de alguna manera la lanza altera su trayectoria y acaba impactándole en el pecho. Por un instante la lanza y la armadura del jinete parecen resplandecer y se escucha un sonido estridente cuando Gungnir consigue desgarrar la coraza y atravesarla.

Observador envaina su daga y corre a trompicones en dirección al caballero caído. Al llegar, Elentári también se está acercando y Olaf está sobre él recuperando su lanza.

—No ha sido tan difícil —bromea Olaf, tambaleándose. Tiene varias heridas, pero la mayor parte de la sangre que lo cubre no es de él.

—Dilo por ti —comenta Observador entrecortadamente—. He agotado un año de vida de este cuerpo, a pesar de la ayuda de Ratatosk.

—¿Eso es todo? —pregunta Elentári, mirando alrededor, todavía alerta. Parece tranquila, aunque sangra de un corte en el hombro.

—No —responde Observador tajantemente.

—Hemos matado a ese bruto —señala Olaf.

—Sí, pero el mal sólo ha cambiado de cuerpo, aunque ahora es mucho más débil.

—Maldita sea —comenta Elentári—; odio combatir.

—Me comería un jabalí entero —apunta Olaf, dejándose caer pesadamente en la hierba.

—Primero dejadme que os cure las heridas; luego habrá tiempo para todo —dice Observador acercándose a Elentári y examinando su costado.

—Salgamos de aquí por si a alguno de esos brutos se le pasa el miedo y decide volver —dice Elentári; luego canta y del bosque surgen varios caballos que se les acercan—. Vámonos; este mundo es grande y seguimos teniendo trabajo.

Los dos hombres miran a la increíble mujer que ya se ha subido a un caballo y galopa hacia el oeste,

siguiendo aromas que sólo ella puede percibir.

—Mírala; ni siquiera parece cansada —dice Olaf.

—¿Cómo estás tú? —pregunta Observador, subiéndose a un alazán a duras penas.

—Medio muerto —dice Olaf, gruñendo al montar—. ¿Y tú?

—Peor que tú, me temo —contesta Observador, mientras azuza al animal para seguir a Elentári.

© VÍCTOR M. VALENZUELA, 2011.



VÍCTOR MANUEL VALENZUELA REAL
(España —Sevilla, 1959—)

Ingeniero de *software*, escribió cuentos para revistas como **miNatura**, **Portal Cifi**, **Cosmocápsula**, **Exégesis** y **Aurora Bitzine**.

En **NM** publicó “Mar de nubes” (# 21) y “Guardianes de la conexión” (# 19).

	<p>PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.</p> <p>http://revista.proxima.blogspot.com</p>	<p>Consígalas en:</p> <p>TAMBIÉN EN </p> <ul style="list-style-type: none">* CLUB DEL COMIC: Montevideo 255, Capital Federal (A 1 cuadra de Av. Corrientes)* ENTELLEQUIA Suc. Belgrano Juramento 2584 (a 1 de Av. Cabildo)* LIBRERIA DE ARTES Y LETRAS Avellaneda 306, Caballito, Capital (Casi esq Campichuelo)
-------------------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

ASIMETRÍA

GUSTAVO CAMPANELLI

Andrea era una chica realmente preciosa, aunque parecía que ella era la única que no lo veía así. Tenía veintidós años, una cara levemente aniñada de rasgos delicados, pelo de un rojo intenso y vivo, ojos inevitablemente verdes y, por supuesto, pecas estratégicamente ubicadas. Conozco gente que mataría por una ínfima porción de tan tremendo arsenal.

Poseía también una leve tendencia a dormir un poquito de más, por lo que era casi habitual verla realizando sus innecesarias pero imprescindibles sesiones de maquillaje en el colectivo, balanceando pinceles, cremas, recipientes y espejitos entre pozo y pozo, acelerada y frenada.

El viernes del accidente había finalizado la aplicación de la crema para alisar sus rasgos ya perfectos, y estaba estirando sus pestañas con

un peculiar pincel cuando ocurrió la caída de la parte más grande de ese satélite que hasta ese momento se ignoraba dónde caería. El artefacto ardiente abrió un cráter infernal a unos tres metros y medio del colectivo, que no venía muy rápido, pero no tenía distancia suficiente para frenar.

El colectivo comenzó a caer entre chirridos de freno desesperados, sólo superados por los gritos de los pasajeros; algunos en contra de la situación o el destino y otros en contra de la forma en que manejaba el colectivo con estas frenadas bruscas. La pintura de la trompa del vehículo comenzó a chamuscarse incluso antes de llegar al fondo del pozo. Era evidente que tanto el vehículo como los desafortunados pasajeros estaban condenados a una muerte segura.

Apareciendo de la nada, una extraña luz proveniente de arriba —aun-

que arriba hubiera un techo que impedía el pasaje de la luz— recorrió velozmente el interior del colectivo. Tan rápida que nadie llegó a registrarla. Descartó a varios pasajeros, finalmente se centró sobre Andrea y la hizo desaparecer del interior del colectivo, asiento incluido.

La nave extraterrestre, la fuente de la extraña luz, estaba conforme con su elección; era un buen ejemplar. La materializó en su interior, dentro de un cubo sólido de una sustancia tan transparente que se necesitaba iluminarlo con una luz específica para verlo y manipularlo.

Dedicó unos segundos a pensar en lo patéticos que eran los habitantes de este planeta, que no podían calcular con exactitud dónde caerían los

trozos de un simple satélite, cosa fácilmente averiguable al realizar un simple cálculo con los millones de variables implicadas. La inteligencia artificial se regodeó en este hecho, pero no rió. Simplemente no estaba programada para reírse.

Y así fue como Andrea comenzó un viaje interestelar en un estado de animación completamente suspendida. Dentro de su cubo viajó miles de años luz hasta llegar a su destino, el museo interestelar. Una traducción aproximada del rótulo que estaba debajo del cubo señalaba: “Galaxia espiral 4C4143544541, estrella 534F4C, tercer planeta de un grupo de doce. Criatura de ojos asimétricos”.

© GUSTAVO CAMPANELLI, 2011.



GUSTAVO DANIEL CAMPANELLI (GEDECE)
(Argentina —Florida, Buenos Aires, 1969—)

Interesado por las computadoras, la ciencia ficción, la fantasía, los juegos de rol, los cómics, el *manga* y el *anime*, administra la ciberbitácora “Demasiado personal” (<http://gedece.blogspot.com>).

En **NM** publicó “Consuelo para los deprimidos” (# 17).

AMOR SIN BARRERAS

PATRICIA KIEFFER

“Cuando un hoyo negro es creado, universos paralelos se crean al mismo tiempo a milímetros de distancia de nosotros”.

Ya se iba. Apagó las luces, y entonces la vio: apenas delineada en el límite del campo visual, una oscura silueta femenina resaltaba en un rincón del laboratorio. De inmediato encendió la luz y miró hacia el rincón: allí no había nada. Suspiró, pensando que necesitaba un descanso urgente. Las horas dedicadas al proyecto del LHC lo estaban agotando. Apagó nuevamente la luz y salió de prisa.

Ya en su casa, David se sentó frente a su computadora con un sándwich y un refresco como cena. Entró en el *chat* y se conectó con Mayra. Hacía dos meses que conversaban y, aunque no se habían conocido personalmente, él sintió desde un primer momento una profunda atracción por ella. Inteligente, culta, delicada, podía hablar de cualquier tema y estaba al tanto de todo lo que ocurría en el orbe. Para él, un físico ence-

rrado en su propio mundo, ella era un fresco soplo de vida. Pero no se animaba a conocerla en persona. Temía romper ese mágico encanto que los unía a través de la conexión del *chat*.

—Hola... —tecleó nervioso.

—Aquí estoy.

—¿Sabes? Estuve pensando que nos podríamos conocer.

—Eso estamos haciendo, ¿no?

—Personalmente, claro.

—Ahhh... Eso será un paso difícil para alguno de los dos.

—Sí, entiendo. Difícil para los dos.

—No creo que hayas comprendido. Verás, tu mundo y el mío son muy diferentes.

David quedó tieso sin saber cómo seguir la conversación. Le parecía una excusa muy estúpida eso de mundos diferentes... ¿Quizá ella sería

alguien de la nobleza? ¿De la mafia china? Dejó de dudar y siguió escribiendo.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Mucho. Diría que las diferencias son abismales. Uno de los dos deberá elegir en qué mundo vivir junto al otro... definitivamente. No es una decisión fácil. No habrá vuelta atrás.

—Bien, al menos podríamos encontrarlos y hablar de nuestros mundos para ver quién se va con quién —tecleó divertido, decidido a seguirle la corriente.

—Para encontrarnos, primero hay que tomar la decisión.

—¿Píldora azul o roja?

—Algo así, je, je.

—Me estás asustando.

—Por eso creo que aún debemos esperar.

—¡Pero yo quiero estar contigo! ¡La vida pasa y no quiero perder más tiempo!

—¿Qué es más importante en los seres? Dime: ¿lo físico o lo mental? ¿De qué te enamoras cuando lo haces? ¿Del cuerpo o del ser que lo ocupa? —respondió ella.

David quedó inmóvil sobre el teclado, con los ojos fijos en la pantalla. Trataba de imaginar a Mayra como la bella mujer que veía en la foto, aunque sabía que lo más probable era que hubiese puesto una imagen cualquiera. Pero no podía concebir la idea de vivir sin ella, sin sus palabras, su conversación, sus ideas tan sublimes de la vida... Ella lo llevaba a volar con la imaginación, lo encumbraba en las alturas de lo bello, lo

eterno, lo inmanente... “Por mí, puede ser vieja, gorda, fea, chueca... no importa”, pensó. Una nueva duda lo asaltó.

—¿Eres hombre?...

—¡Ja, ja! Estás pensando mucho... y mal. Toma una decisión y nos encontraremos.

—Bueno, ya lo decidí: mañana, en el café de Corrientes y ...

—No es así. Dije que *tu* mundo *no* es el mío. Literalmente. No entiendes, pese a trabajar en ello. Siempre es igual. Los científicos quieren encajar todo dentro de su paradigma de realidad, cuando la verdad está plantada delante de los ojos como un elefante.

—Me rindo. Dime qué hacer.

—Esta noche, en tu laboratorio. Hoy estuve y te fuiste...

—¿Eras tú? Entonces...

—Quise entrar a tu mundo, pero no puedo. Intenta tú entrar al mío.

—¿Estás hablando en serio? ¿De qué mundos hablas?

—Trabajas con el LHC, ¿verdad? Y estás encargado de estudiar la colisión de hadrones.

—¿Cómo sabes eso? Yo nunca dije...

—Y en esa colisión se creó un agujero negro que ni percibiste de tan pequeño. Es la entrada a mi mundo. Sólo tienes que desearlo, para entrar.

—¿Cómo lo sabes?

—Los átomos no son cosas, son tendencias; piensa en posibilidades, posibilidades de consciencia. Mi mundo es un universo paralelo al tuyo. Definitivamente, la realidad es una elección. ¿Qué harás?

David dejó de escribir y salió para el laboratorio. Usó su pase especial y entró sin problemas. Una vez allí encendió el equipo. El gran colisionador se iluminó. Entonces, en un rincón, apenas visible, se inició una extraña turbulencia. David avanzó hacia ella, mientras sentía aumentar la atracción con cada paso que daba. Cerró los ojos y pensó en Mayra. Una explosión de luz lo abrazó. Luego... el equipo se detuvo, visiblemente averiado.

Las últimas palabras de David se escucharon en la grabación:

“El horizonte se deforma, la superficie se agrieta... Veo formas... estructuras que parecen... montañas, piedras, ¿tierra?... Es hermoso... Veo una rosa...un ave... ¡Mayra!”

Aún siguen buscando a David. Nunca más lo encontraron.

El LHC se reparará y volverá a ser conectado en 2012.

© PATRICIA KIEFFER, 2010.



PATRICIA MARTA KIEFFER
(Argentina —Buenos Aires, 1958—)

Docente, bibliotecaria y escritora, ávida lectora de fantasía medieval, en **NM** publicó “Encuentro de Universos” (# 17), “La cara oculta de la Luna” (# 19) y “Cazadores” (# 21).

MAMUT

GUSTAVO VALITUTTI

Mataremos al mamut número cinco
Había atravesado la villa destruyendo todo alrededor.

Giraba su cabeza tosca y le echaba su furia descomunal a lo que fuera que le hiciera frente y también a lo que se quisiera escapar. No estaba ahí para perdonar. Pisó todo y a todos los que pudo y se paró desafiante junto al único camino que conducía desde las montañas al diminuto valle donde antes que él llegara se levantaba la aldea.

Los cazadores lo vieron impotentes desde la distancia. La bestia había irrumpido luego de que salieran a tratar de procurar el sustento de sus familias y ellos no habían dejado suficiente protección ante semejante amenaza. Tampoco hubieran podido. Pero al menos habrían retrasado al animal en su carrera encarnizada, permitiendo que los niños y las mu-

jerer escaparan. Los cazadores corrieron empuñando sus armas por la cuesta que llevaba al camino donde los aguardaba la bestia.

El líder gritó y los obligó a parar. No iba a inmolarse contra esa cosa.

Había formas de matar a un mamut y lo iban a hacer bien. Cuando terminaran con él, le iban a arrancar los colmillos para adornar su tótem y con su piel maldita, atravesada hasta el hartazgo, iban a hacer una alfombra para pisarla mil veces.

—El pozo —dijo el capitán mientras enfocaba sus binoculares hacia el tanque que tomaba posición junto al camino. La aldea había sido totalmente destruida y entre las ruinas de las pocas casitas que una vez habían dado ese aspecto pacífico al lugar se movían los brazos suplicantes de los heridos.

—¿El pozo, señor? —preguntó el sargento sacando sus propios binoculares para ver los resultados de la masacre y luego al tanque verde oliva con un número cinco en la torreta—. Disculpe, pero no sé a qué se refiere.

—Hacia el sur de la villa el terreno se hunde abruptamente. No es fácil de ver porque los arbustos están muy crecidos y el borde se recorta prácticamente a noventa grados del suelo. Si logramos que el tanque se mueva hasta ahí, y lo vamos a lograr, va a caer cinco metros dentro del pozo y no va a poder salir. Desde ahí no tiene ángulo de tiro posible y lo único que podrían hacer es rendirse. No pienso darles tiempo para eso.

La bestia estaba enfurecida y la vorágine de matar la llevaba a seguir matando. El líder lo sabía porque a él le pasaba lo mismo cuando cazaba. Nunca había cazado un mamut, pero sabía que debía ser en el pozo. Los viejos contaban historias de cuando se construían trampas para cazarlos y la villa se encontraba junto a un viejo pozo desde siempre.

—La única forma es que él nos siga hasta ahí. Tiene que vernos —dijo el capitán y el sargento lo miró dubitativo.

—El plan, si me permite, es un poco...

—Primitivo, eso se lo concedo, pero va a funcionar —sentenció el líder y les señaló el camino a sus soldados.

Dos de los cazadores se lanzaron colina abajo asegurándose de que

el mamut los viera. El tanque retomó el camino para interceptar a los soldados que descargaban sus armas inútiles sobre su coraza. El barritar del mamut hizo que al sargento se le erizaran los pelos de la nuca. Odiaba a ese animal repugnante.

—¡El hijo de puta nos sigue! ¡Esperemos que el líder sepa lo que hace! —dijo uno de los cazadores y llevó una mano al auricular para escuchar las órdenes.

—¡El pozo está lleno de combustible, las lanzas están listas y afiladas! ¡Salgan de ahí, el mamut está muy cerca! —gritó el sargento.

Las ametralladoras del mamut se descargaron sobre los señuelos, pero ellos escaparon metiéndose en la densa arboleda que crecía junto al camino.

—Lograron escapar —dijo el capitán agitando su lanza al tanque desde el borde opuesto del pozo. El combustible derramado hacía el aire irrespirable, pero el mamut no podía imaginar que los cazadores fueran rival para él.

El tanque se dirigió a toda velocidad hacia el pozo. Pero los animales tienen un instinto incomprendible.

—¡Frenó!

—¡Hijo de puta!

—¡Creo que se da cuenta! —gritó el sargento.

—¡Calma! —gritó el capitán y se puso a la vista del mamut. El número cinco se veía nítido en su cuello. Le apuntó entre los ojos y lanzó una ráfaga afilada.

Alguien rió dentro del mamut; no iban a disparar. Querían pisarlo "sólo por diversión".

Las orugas se lanzaron en una última carrera, arrancando terrones enormes del piso que temblaba a cada paso.

El líder gritó hasta que la garganta quedó muda por el dolor y las venas del cuello se hincharon de sangre.

Siguió disparando entre los ojos del animal que se dio cuenta a último momento y clavó los frenos, pero el piso alrededor del pozo era incapaz de sostenerlo y se derrumbó. El mamut estaba atrapado y lo sabía. Entonces pudo oler el combustible que los cazadores habían derramado en el pozo y la deflagración fue casi inmediata.

La bestia se retorció en el fondo con furia y recibió una lanza en el

lomo y otra y otra y escuchó los gritos de los soldados que no pudieron defender a sus familias, pero que inevitablemente iban a cobrar venganza y al cañón lo separarían de la cabeza para adornar al tótem y la coraza serviría de alfombra y del interior de las tripas los sacarían a todos a medio cocer y el maldito desearía jamás haber cruzado el límite de la tribu.

—Y los hijos de mis hijos van a aplastar a cada mamut que cruce ese límite —gritó el capitán y lanzó una granada a la compuerta abierta del abdomen para que la bestia dejara de moverse.

© GUSTAVO VALITUTTI, 2011.



GUSTAVO VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1974—)

Graduado en Medicina, publicó algunos cuentos en revistas electrónicas y ciberbitácoras como **Axxón**, “Bewildering stories” y “Breves no tan breves”.

EDIPO, VIAJERO EN EL TIEMPO

MAURICIO DEL CASTILLO

El viento matinal mecía las ropas del forastero mientras bajaba el suelo empedrado de la calle. No había otro sonido que no fuera el canto de un gallo y los suaves murmullos de los habitantes del pueblo al ver un hombre que no era de esos parajes. La primavera había comenzado, pero cualquiera diría que el invierno había extendido sus dedos un rato más. Al instante los lugareños volvieron a sus asuntos y olvidaron al extraño.

Éste halló la dirección y tocó el timbre. Un anciano abrió la puerta de hierro, con un rostro poco amigable en sus facciones. Era muy pequeño y delgado, de frente abultada y rizos blancos que coronaban el poco cabello que aún le quedaba. Se trataba del vivo retrato de la foto que llevaba el extraño consigo; sin embargo, los dientes de conejo habían sido sustituidos por una denta-

dura delineada, no muy cuidada, pero distinta de la que tenía en su juventud. “No puede tratarse del mismo hombre”, pensó.

—¿Qué quiere? —preguntó el anciano. Su acento se arrastraba como un bulto sobre el piso, cansado y fastidiado.

—No interrumpo nada importante, ¿verdad? —quiso saber el hombre, con una sonrisa en su rostro.

El anciano movió la mandíbula de un lado para otro, con paranoicos y desenfrenados ojos.

—No me fastidie —contestó—. Lárguese.

Pero el forastero no dio muestras de querer irse ni mucho menos de apartarse de la puerta. Debía ser firme para no dejar escapar su verdadero origen, todo lo que alguna vez fue y abandonó.

Debía encontrarla una vez más...

Miró detenidamente al anciano y soltó una angustiante petición:

—Su ecuación, profesor Kersenovich. Muéstreme su ecuación.

El profesor estaba nervioso, como si fuera una mosca expuesta a un estanque con ranas. Dio dos pasos hacia atrás, con la mano sujetando el marco de la puerta. Dijo algo entre dientes que el hombre no alcanzó a percibir.

—Déjeme entrar, profesor. Insisto.

—¿Quién carajos es usted?

El extraño cruzó el umbral sin que el profesor Kersenovich lo impidiera. Miró a su alrededor con curiosidad. La casa era oscura debido a un poderoso efecto que reprimía toda luz existente. No había ventanas de ningún tipo, ni siquiera un tragaluz o domo en el techo. El lugar parecía ser muy pequeño, limitándose la extensión a lo largo de un pasillo angosto y lúgubre.

De nuevo, como muchas veces a lo largo de su vida, tuvo un fuerte sentimiento de abandono. Necesitó con desesperación el anhelo de seguridad y arraigo. Seguía en clara órbita alrededor de ella, a pesar de que ya no seguía existiendo en este mundo.

Había infinidad de papeles y libros amontonados uno encima de otro, como si se tratase de una vasta oficina. Trató de identificar los títulos, pero le resultó difícil debido a la pobre iluminación. Olía cada vez más a fuertes esencias, entremezcladas unas con otras al igual que en un invernadero. El aroma resultó agradable al principio, pero la fuerza fue desconcertante después.

Unas luminarias externas compensaban la falta de luz del interior: intensos reflectores alumbraban el jardín en todas direcciones, como si se tratara de un escenario de gala, tan bello que resultaba ser una euforia para el sentido de la vista. El jardín presentaba enredaderas que se ajustaban a las paredes como si fueran extensiones de éstas. La hierba, finalmente recortada, no tenía el menor desajuste, extendiéndose al igual que un encarpetao artificial. Las flores parecían danzar en colores, en una armonía que recordaba al más preciso vals húngaro. Y como un fiel vigilante del edén se hallaba un roble grueso y macizo, cuyas ramas se arqueaban como dos brazos que protegían con sus gordas y verdes hojas la pequeña maravilla de la naturaleza alojada en el traspatio de un viejo insociable.

El extraño recordó lo que había sido alguna vez su hogar, su primera morada, aquella que solía ser atendida y regada casi todas las mañanas. No necesitaba sumergir una madalena en té para que surgieran de la taza los recuerdos; lo veía en todas partes y en todo momento. Pero sentía regresar a su origen y permanecer a su lado como siempre lo deseó.

Recobró la conciencia y volvió a la actualidad. Enseguida profirió con mucho entusiasmo:

—Me agradan las petunias, profesor Kersenovich. Es una planta para macizos muy popular. Y es muy resistente para las altas temperaturas.

—¿Cuál es su nombre, joven, si se puede saber? Tenga la decencia cuando menos de identificarse.

El extraño dejó a un lado el pequeño equipaje que llevaba y se quitó el saco.

—Me llamo André. Me considero un fiel seguidor suyo, profesor.

—Es usted uno de esos que me acosa, que me quieren sacar a golpes mi secreto. Creí que nunca más me toparía con uno de ustedes. No piense que me hará hablar.

André enmudeció, miró a Kersnovich con una expresión de duda y sacudió la cabeza. Él no era un hombre que usara mentiras para conseguir sus propósitos; ella lo había educado con el fundamento básico de nunca mentir. Se trataba de una moral que había arrastrado consigo toda su vida: ser honesto.

—Se equivoca, profesor —dijo—. Yo no soy así, de ninguna manera.

Se adelantó hasta una maceta en la cual se desprendían decenas de flores blancas. Ahora se encontraba callado y pensativo. Tocó un pétalo de la flor con las yemas de sus dedos. Era suave y fresca, tan blanca como un copo de nieve.

—Profesor Kersnovich, no es mi intención molestarlo —dijo, con una voz conciliadora—. Tengo una duda y tal vez usted...

—Quiere mi máquina —lo interrumpió el profesor—. Mi preciosa máquina. No permitiré que interfiera más.

André sacudió la cabeza de nuevo. Kersnovich continuó hablando desbocado y sin control alguno.

—Mi máquina. Mi máquina para el desplazamiento del tiempo. La he guardado por años.

André comenzó a explicarse:

—Yo, bueno, quiero decir... No buscaba precisamente eso. Ya sabe: una máquina del tiempo.

—¡Máquina del tiempo! —gritó Kersnovich.

—Pero tengo buenas razones para estar aquí —continuó André, tratando de ganarse la confianza del profesor—. Estoy en medio de un reportaje concerniente al viaje en el tiempo. Usted es toda una eminencia en el tema, profesor.

—No quiero escucharlo. No tiene caso que haya venido porque no diré una palabra del asunto. Odio a los periodistas. A todos. He pedido un poco de paz y no la he tenido. Pedí un poco de comprensión y no la tuve. Y ahora heme aquí: perdido en un pueblo llamado No Sé Dónde, deshecho. No estoy loco. ¡No lo estoy!

André movió la cabeza, confundido. Aquel lugar acioso y pequeño que lo había albergado por un tiempo se desprendía de él otra vez. Tenía que hacer algo para impedir esa salida abrupta.

—Supe de usted hasta hace poco, pero me di a la tarea de investigar su historia —dijo André con voz tranquila, conteniendo sus sentimientos—. No soy ningún profesor o colega suyo. Sólo necesito saber si en verdad usted puede hacerlo.

Kersnovich giró, de frente a André, escuchando cada palabra que éste emitía. Una vez tranquilo respiró con lentitud, tratando de recobrar de la impresión de ser descubierto. Sus facciones se suavizaron por primera vez.

El científico lo miró a los ojos con firmeza, parpadeó repetidas veces y dijo:

—Está bien. La verá ahora.

Kersenovich se dirigió hacia la oscura casa. André lo siguió a través de los estorbos de papeles y libros. Pudo distinguir en los lomos de los libros que no eran otra cosa más que tomos de mecánica cuántica, física... Todo estaba ahí para ser utilizado.

El profesor Kersenovich tanteó una pared carcomida por la humedad y sus dedos encontraron un borde que sobresalía de ella. Se volvió hacia André y dijo:

—Si alguna vez habla de esto con alguien cuando salga de aquí, lo negaré en su totalidad. Si alguna vez vuelve a venir aquí, no verá más que plantas para sombra en macetas de barro.

Extrajo una barra de acero inoxidable y la deslizó sobre el borde de la pared. Hizo palanca dos veces en la parte superior, en el centro y en la parte inferior. La pared vibró por un momento, como si fuera una simple decoración o marquesina para teatro.

El profesor Kersenovich retiró la barra y se volvió hacia sus espaldas, permitiendo que André fuera quien decidiera si seguir o no.

—No he vuelto a este lugar desde hace diez años —reveló el profesor, melancólicamente—. No tenía caso seguir.

No era ninguna habitación; ni siquiera se trataba de un espacio secreto que el profesor modificará para no ser visto. Era un vulgar compartimento que alcanzaba a duras

penas el techo de la propia casa. Estaba hundido en lo lúgubre y olía a encerrado. El pico abultado de una mole se recortaba sobre la luz de la linterna, justo en el centro. Sin sutileza, André se adelantó, totalmente embelesado.

—¿Es eso? —Señaló la mole oscura, como si se tratara de algo corriente y sin sentido

—Tenga cuidado con su paso —advirtió Kersenovich.

Las luces se encendieron. André dio un brinco al frente, asombrado y atónito por el vértigo. Se halló en una plataforma de hierro, sólidamente ajustada a las paredes de roca. La máquina parecía alcanzar la dimensión de un edificio, con su base cimentada en el subsuelo. Sus componentes oscilaban como un estroboscopio de luces y manivelas, todas dando vueltas y reluciendo colores de diferentes tonos. Un fuerte zumbido hizo que temblara todo su volumen, como una lavadora de ropa mal acomodada. Tenía diferentes niveles de altura, cada una de ellas con su correspondiente plataforma de estudio. Las paredes de roca estaban cubiertas alrededor por barandales, elevadores, rieles y rampas de todo tipo. A través de diferentes secciones de cristal podía percibirse un eje en su interior, tan cromado como un palo de golf. Todo lo demás parecía demasiado complicado y alucinante en comparación con los diferentes modelos que había visto André en bocetos.

Pero era indudable que se trataba del mejor recurso. No se le había ocurrido otra cosa para llenar ese vacío de toda su vida. Por fin la co-

nocería a ella, a la mujer por la que daría todo.

Avanzó dos pasos con vacilación. Se recargó en el barandal, frunció el ceño, y regresó hacia donde se encontraba el inventor, sin dejar de mirar la máquina.

—Bien —dijo, alargando los espacios entre cada oración con la intención de engañarlo—. Ya he visto suficiente... Regresemos.

Kersenovich giró la cabeza rápidamente.

—¿No es esto lo que buscaba? —preguntó, indignado.

—No era lo que yo esperaba.

El profesor mostró los dientes y empezó a hablar con enjundia:

—¿“No era lo que yo esperaba”? ¿“No era lo que yo...”? ¡Basta! Usted es como todos. Viene a ver mi máquina y se autoconvence de que no es una auténtica máquina del tiempo. ¡Qué baja perspectiva tiene de las cosas, joven!

—No dije que no le creyera; dudo que ésta sea la auténtica máquina del tiempo que usted construyó.

—¿Quiere una demostración? —preguntó Kersenovich, con un rostro adusto—. ¿Eso es lo que quiere, no? Empirismo; todos lo buscan. Si no es así, no creen en nada.

Se dirigió a una cabina de vidrio reforzado, donde se situaba el tablero de control. Dobló sus mangas y se inclinó ante la consola, no sin antes colocarse unos anteojos bifocales. Su aspecto de jardinero se había esfumado.

—¿Ve esa cápsula? La que sobresale de la máquina. Sí, ésa.

André dirigió la mirada hacia un óvalo suspendido, justo al nivel del

suelo. Tenía la apariencia de un huevo recostado a punto de ser lanzado a cualquier parte. Miró las lecturas de los contadores, y supo que buena parte de la luz que caía al interior de la máquina había tenido un pequeño desvío al ultravioleta, y que la radiación estaba surcando las curvas de la máquina, justo en sus profundidades. El *software* en la computadora arrojaba números alegóricos que, una vez interpretados por Kersenovich, daban por sentado que funcionaba a la perfección.

—Esto va bien —dijo con gratitud—. Diga una fecha, joven. Tendrá que ser una muy lejana, puesto que yo me puedo sorprender en el pasado excavando toda esta tierra y encontrarme con una cápsula cayéndome encima. Ni que decir de los antiguos dueños de esta casa; la impresión podría provocarles un infarto.

La consola soltó un intenso zumbido.

—Nosotros nos estamos moviendo de una forma constante —continuó Kersenovich, como un padre orgulloso de su invento—. Las aves, los barcos, la gente al caminar. Todos. A través de esta dimensión temporal el objetivo de mi máquina es acelerar, detener o atrasar la aceleración de un objeto o ente vivo, de tal forma que podemos ver los efectos del tiempo sobre el mundo, como una cinta de video acelerada, o incluso dar vuelta de regreso y viajar en otro sentido. Siempre he pensado que este viaje en el tiempo gradual se ajustaba mejor en la física cuántica.

Sus ojos se alborotaron con cierta diversión. Recorrió el tablero con sus manos ante una serie de preguntas

y opciones que arrojaba en la pantalla el propio *software*.

—Centrada y recorriendo en mach 1 —anunció. Se dirigió a André—: Ahora bien, calle y observe.

La cápsula comenzó a acelerar rápidamente alrededor de la máquina. Las ráfagas de viento hicieron vibrar el vidrio.

—El núcleo atómico... —murmuró André—. ¿Está situado dentro de la máquina?

—Por fin, las preguntas. Claro que no, joven amigo. Simplemente estoy haciendo un efecto centrífugo en él. Pero debo reconocer que estoy aplicando la antigua relatividad general a la mecánica cuántica. Ahora, si me disculpa.

Oprimió con decidida enjundia *Enter* en el tablero.

La cápsula desapareció.

Hubo un momentáneo apagón y de nuevo los aparatos rugieron. Los vidrios aún vibraban y el viento no dejaba de parar por toda la estancia. El soporte dejó de girar, ya sin la cápsula instalada.

—Ajá —expresó Kersenovich en un júbilo—. Ahí lo tiene. La cápsula acaba de trasladarse al pasado. Treinta años, para ser específicos.

Treinta años... Aquel número representaba algo más que el tiempo en que la había perdido a causa de un cáncer mortal. Los doctores no le daban muchas esperanzas, y ni siquiera el cobijo de la iglesia había sido suficiente. Cuando recibió la noticia sintió una súbita amputación del alma, la terrible conmoción de que las cosas no volverían a ser las mismas de antes.

André se acercó unos cuantos metros, donde colgaba el soporte. No había desgarramientos ni una quemadura que indicara lo contrario. Su abertura seguía intacta.

Lo ojos de André no se atrevieron a parpadear.

—Usted lo hizo —alcanzó a decir—. Lo logró. He acudido a medio mundo para saber la teoría definitiva, pero usted construyó una máquina. Es increíble. Pero... ¿cómo piensa regresarla?

—Se quedará ahí para siempre —contestó Kersenovich—. Pero no se preocupe; nadie le hará mucho caso. La aleación es corriente, está maltratada y oxidada; no hay pruebas que puedan revelar su origen en el tiempo. Y, si así fuera, el mero hecho de que sigamos aquí quiere decir que no hemos intervenido en el paso del tiempo.

"El viaje en el tiempo está constreñido, para imposibilitar la generación de paradojas. Si alguien intenta regresar al pasado para crear una, tendrá un viaje temporal involuntario o un control de la historia.

—El efecto Morphail —especificó André.

—Así es. Todo vuelve a su inevitable paso. Si yo mandara un objeto inanimado, digamos a las veintitres horas con cero segundos (que fue el momento en que enviamos la cápsula al pasado, un tiempo en el que no recibimos ningún objeto), algo ocurrirá para que esto no suceda. La máquina puede fallar, usted crearía una distracción durante ese instante de tiempo o simplemente ese objeto desaparecería de todo curso de tiem-

po. O, lo que es lo mismo, se desintegraría por el solo hecho de realizar una curvatura en el tiempo.

André lo miró en silencio, escogiendo las palabras para abordarlo sin caer en brusquedades. Era como pedirle a su propio padre alguna ayuda posible; sabía que esto no sucedería y por lo tanto sólo arraigaba más odio hacía él. Los aspectos negativos que tuvo con su padre, una vez que ella había muerto, lo asaltaron al instante: jerarquía, opresión, desigualdad y, sobre todo, sumisión. Nunca pudo llegar a ser un hombre en plenitud; esa fue la gran tragedia de su vida.

Entonces dijo por fin:

—Profesor, pruebe ahora en mí. Envíeme treinta años al pasado. —Al instante se dio cuenta de la torpeza con que lo había dicho, pero supo que ya no había vuelta atrás.

—¿Está usted loco? —se exaltó Kersenovich.

—Si ocurriera alguna paradoja, el efecto Morphail se encargaría de lograr a toda costa que no funcione; me llevaría allá sin alterar el curso del tiempo, o...

—Desaparezca —terminó Kersenovich—. ¿Sabe? El efecto Morphail está ocurriendo en este momento; por ningún motivo permitiré que sea trasladado alguien en mi máquina.

André se movió con rapidez y sujetó la muñeca derecha de Kersenovich, impidiéndole desconectar el tablero. El profesor no hizo ningún movimiento, sin objetar nada. Sostuvo la mirada del hombre que tenía en frente de él, pero no habló. Las comisuras de su boca se crisparon en

un tosco ademán. Los dos permanecieron así hasta que André rompió la tensión.

—Es algo que necesito hacer, profesor. Sé que puede funcionar.

—Eso ya está claro para todos, joven —prorrumpió Kersenovich—. El caso es que usted no ha razonado en la implicación que conlleva enviar a un hombre al pasado. No hay modo de que pueda regresar. Sin una máquina receptora, no hay nadie que sea capaz de tomar esa decisión.

—Yo puedo. Créame, soy esa persona.

Kersenovich movió confundido la cabeza hacia ambos lados de su cuello.

—Por lo que veo —dijo—, está tomando una decisión muy arriesgada. Estoy pensando que es un deseo individual que solamente lo implica a usted. ¿Acaso no tiene a nadie aquí? ¿No hay algo que lo retenga?

André cerró los ojos por un momento y exhaló:

—No lo hay, doctor. Sólo estoy yo. No me agrada mi trabajo, tengo pocos amigos y nunca llegué a casarme. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, y ya es muy tarde para repararlo. Nunca me he sentido cómodo con esta época. Soy como usted, sólo que con deseo grande en mi alma: regresar al lugar donde todo tenía sentido.

En una de las paredes descansaban más cápsulas, todas hechas del mismo material. André las contempló y las señaló.

—Puedo caber en una de ellas.

Kersenovich murmuró para sus adentros y caminó muy pensativo

a todo lo largo del barandal. Miraba con cierta tristeza al hombre que se plantaba ahí, suplicando con buena intención un viaje sin retorno.

—Nunca antes lo había intentado —dijo por fin el profesor—. No con humanos. Las cápsulas están perfectamente selladas; no podrá respirar en una de ellas. Ya vio lo que tarda para alcanzar la velocidad de retroceso. En todo ese tiempo se quedará sin aire, y yo estaré enviándolo en calidad de muerto.

—Podemos ajustarla; unir una extensión que permita alojar el aire que pueda disponer. Eso me dará el tiempo suficiente entre la primera vuelta de la cápsula y el momento de abrirla una vez que haya llegado.

—No creo que sea necesario. Su ropa le restará volumen. Deberá prescindir de ella.

Los ojos de André se iluminaron.

Kersenovich se dirigió al tablero y puso de nuevo en marcha los controles. Entre los dos desmontaron una cápsula y la acoplaron en el soporte. Tardaron tres horas en esa tarea, pero al fin terminaron por instalarla.

—Tendrá que abrazarse a sus pies lo más que pueda —indicó Kersenovich—, y no intente respirar mucho. Una vez que pasen los seis minutos a partir de que cierre la cápsula, usted tendrá que empujar con todas sus fuerzas de tal manera que pueda desmontar la parte superior. Y consígase ropa en cuanto llegué. No querrá sufrir penas desde un principio.

André se desvistió. Con ayuda de Kersenovich se montó en la cápsula y respiró todo el aire que sus pulmones podían contener. Cuando la cápsula

fue sellada contó mentalmente los seis minutos. Durante ese tiempo, se acompañó de la oscuridad y nada más. El exterior se le presentó como algo trascendente, más allá de sus capacidades. Escuchó su débil respirar, con entrecortados lapsos en donde no se atrevía a dar bocanadas, concentrándose tan sólo en su conteo. Sentía su propio corazón con un inusitado bombeo hacia sus arterias. No descartó la posibilidad de simplemente no existir para no alterar el curso del tiempo. Según el profesor Kersenovich, no había forma de presentarse paradoja alguna.

El sombrío entorno, de alguna manera, permitía que se extendiera cuan largo era. No tuvo referencia alguna; no existía un arriba, ni un abajo, ni un costado u otro. Las paredes de la cápsula eran inalcanzables, como si se trataran de las propias estrellas. Los contornos se le presentaron con una inusitada extrañeza. Flotaba tan bien como podía hacerlo un globo en el aire. No tuvo miedo de respirar, ni siquiera de exhalar todo lo que sus pulmones alcanzaran a abarcar.

Se desplazaba sin rumbo, con el frío y la oscuridad oprimiéndolo por todas partes; una barcaza a la deriva sin ningún destino fijo sobre el mar. Después sintió a través de esas paredes que la respuesta a todas sus búsquedas llegaría en cualquier momento.

Y así fue.

“Es un niño, doña Leonora”, escuchó que alguien decía allá afuera. Enseguida reconoció que se trataba del primer sonido percibido.

Levantó la tapa, con la luz cegándolo. Fue tomado entre grandes manos hacia la abertura, donde su primer amor lo esperaba postrada en una cama. Se sintió tan bien entre sus brazos que no deseó separarse de ellos. Había valido la pena. Justo en ese instante, toda su experiencia, su conciencia y su conocimiento, le dieron la bienvenida nuevamente a su sentido de supervivencia. Había regresado a casa.

Ésos son los viajes en el tiempo, los viajes que solamente uno puede permitirse. El tiempo nunca es una extrañeza. No hay forma de alterarlo, por más métodos que conozcamos. El universo puede consentir ajustamos a sus inquebrantables reglas, y repetir los ciclos una y otra vez.

La época perfecta para Edipo, viajero en el tiempo.

© MAURICIO DEL CASTILLO, 2011.



MAURICIO DEL CASTILLO
(México —México, D.F., 1979—)

Licenciado en Comunicación por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, pasa su tiempo libre dedicado a la lectura y a la imaginación.

Entre sus escritores favoritos cita a ALFRED BESTER, RAY BRADBURY, CORDWAINER SMITH, PHILIP K. DICK, THEODORE STURGEON, HARLAN ELLISON, ROBERT SHECKLEY, STANISLAW LEM, URSULA K. LE GUIN, ROBERT SILVERBERG y JOHN VARLEY.

Ha colaborado para **NGC 3660**, **Sitio de Ciencia Ficción**, **Otro Cielo**, **Axxón** y **BEM online**.

CINTIA TORRES Y SU ESPECIAL PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD

PATRICIO CHAIJA

Suena una alarma como un disparo en la noche.

Ikari corre por los pasillos sabiendo que llega tarde. Lo que ocurrió, ya ocurrió. Al abrirse las puertas ve a la chica de cabello rojo en medio de la habitación, parada y mirando con gesto enloquecido a los técnicos en sus batas descoloridas. El cadáver de un científico —no se acuerda el nombre; es un hombre alto que siempre lo saludaba con respeto— se encuentra desparramado por la habitación. Hay mucha sangre. De la cabeza, ni noticias.

“Es sólo una nena”, piensa Ikari.

No parece tan chica. Con el traje de neoprene verde ajustándole las caderas y los pechos parece una mujer más grande de lo que en realidad es.

—No sabemos qué pasó. Enloqueció de golpe —le dice Shimamura cuando lo ve.

Ikari advierte que la chica agacha la cabeza. Se pregunta qué ven sus ojos.

“No, tal vez no está loca. Tal vez se defendió cuando advirtió el peligro”. Pero no podría decir eso en voz alta. Aún no.

—Limpien todo. Quiero un informe detallado en media hora.

Mira su reloj. Las tres de la madrugada. Mierda.

Cuando abrió los ojos ahí estaba: en una deformada luz azul, el asqueroso ser pretendía pasar inadvertido entre los humanos. ¿Cómo no lo podían ver? Ciertamente, ella estaba drogada. Era la sexta chica, o la novena. Poco importaba. Tenía que actuar de inmediato.

En un movimiento gatuno saltó y tomó un cable. Estranguló al bicharraco vestido con ropas de hombre.

Hubo un revuelo y comenzó a sonar la alarma. Sabía que pronto la doparían, o la matarían (¿qué más daba?), pero no podía dejar vivo al ser con ojos de mosca, al que tenía las fauces como una boca que cerraba de costado.

Lo soltó y se alejó: el animal se tomó la garganta. Oyó pisadas que retumbaban fuera de la habitación: llegaban soldados para detenerla. Debía actuar rápido.

Vio una *katana* y se hizo con ella tan pronto pudo. La desenvainó y de un golpe seco decapitó al desgraciado.

Luego del incidente, Ikari se sienta en su despacho y piensa en su hijo. Tal vez había sido muy duro con él. Pero actuó como las circunstancias lo pedían.

El planeta entero espera sus movimientos. Porque todo se torna un juego de ajedrez: los invasores atacan, ellos sólo se pueden defender. No saben de dónde viene el ataque. O al menos sí saben: del espacio. Los “ángeles” (no se les había ocurrido otro nombre) llegan desde el oscuro espacio de más allá de las estrellas y atacan. Luego había ocurrido una tregua, cuando Shinji murió.

Nada de ataques. Neo-Tokio casi pudo respirar con tranquilidad. Pero nadie se asomó a la superficie. Mejor así.

Una sensación de dolor extremo cuando el líquido penetró en las venas: el émbolo no se detuvo, el dolor no lo detuvo porque ella no impor-

taba, lo que importaba era la raza humana y más valía que sufriera una chica y no que murieran todos. Un parpadeo, dos, nada. Pero al momento vio algo raro: se desdibujaban los contornos de las cosas; de las paredes chorreaba algo que era como la sangre pero de color amarillo; las personas no eran más que ropas que pendían de hilos invisibles en el aire. Y la cosa. Esa cosa repugnante. El invasor. El enemigo. Se dio cuenta enseguida cuando vio los haces de luz que lo conformaban, entre la bata la luz azul se dispersaba por la habitación y llenaba cada resquicio. Y nadie lo podía ver. ¿Qué era esto? ¿Una maldición? Al principio creyó que era divertido ser diferente, poder ayudar a combatir a los ángeles, pero se dio cuenta que no era un juego. Un mazazo en la cabeza; debía terminar con el dolor. Y el dolor acabaría cuando el ángel dejara de existir. Lo suponía. ¿Tenía otra opción? Dios, ¿qué le habían inyectado? El dolooooorr, el sentir que los codos y las rodillas se separaban de su cuerpo, como si estuviera en un potro de tormento; todo acabaría pronto.

Se concentró en su objetivo: en medio de la habitación, contra la pared. El segundo tipo desde la derecha. Ver —y saber— a veces es una maldición.

Mientras espera el informe, Ikari repasa de memoria la historia reciente.

Descubren que los “ángeles” ahora se funden con las personas

que están en el planeta. Han llegado versiones de un granjero en China, y hace unas semanas, de un matemático en Reikiavik (en realidad, el primero fue Nagisa, pero no lo sabe nadie; es clasificado). Y los gigantescos exoesqueletos que pilotan los muchachos ya no sirven, no sólo por cuestiones de maniobrabilidad (es impensado perseguir a un enemigo de tamaño humanoide por callejuelas y edificaciones comunes), sino porque descubren que el campo AT había mutado. Las armas biológicas no detectan a los invasores. Y hay que recomponer la defensa.

Rápidamente sintetizan en un líquido denso pero inyectable una especie de mutación que permite “ver” a los “ángeles”. A los invasores que están entre las personas. Por lo tanto, ya no hay que utilizar esos mastodontes defensivos: los chicos *son* el arma.

La chica había llegado catorce horas atrás desde la Argentina. Ya todos los chicos de quince años del país capaces de enfrentar al enemigo habían muerto. Luego la búsqueda había abierto su espectro: de Europa, la única que se biosintetizaba con el arma era la alemana, la Langley. Pero ahora estaba enterrada en el fondo del mar con su juguete.

Y en América saltó un nombre del computador: Cintia Torres. El nombre parpadeó en letras rojas y ahí quedó. Los técnicos de NERV lo vieron y creyeron que era un error. Pero no había errores. Dispusieron todo para traerla.

Ikari se acoda en su escritorio, cierra los ojos y descansa la frente en su mano.

¿Qué ve esa chica?

Cintia había permanecido acostada mientras le adosaban diversos parches en el vientre, los brazos, la cabeza y las piernas. Ya le explicaron para qué estaba ahí y qué le iban a hacer. No le importaba nada. No tenía familia: era huérfana desde su nacimiento. Sus padres murieron en la época en que ella nació, cuando ocurrió la catástrofe esa que cambió al mundo. ¡Bah!, le dijeron que el mundo antes era distinto: la gente vivía afuera; no había amenazas desde fuera. No importaba. No tenía nada que perder, y estaba enojada.

Se le acercó una mujer en frontal y le apoyó una mano en la frente. Habló primero en japonés, pero se dio cuenta y cambió a un inglés rudimentario. Cintia apenas entendió, pero intuyó el sentido de las frases.

—Te vamos a hacer una prueba para saber si sos cien por ciento compatible. Te vamos a inyectar una dosis pequeña. Relajate que en un minuto pasa.

Levanta la vista de los papeles que sostiene delante de sus ojos y se acomoda los lentes. Antes de terminar de leer el informe del “incidente” en la sala de pruebas, Gendo Ikari ya sabe: la chica nueva es buena. Es la mejor arma que pueden disponer. Y tan sólo con quince años. Sonríe en la soledad de su despacho.

Cuando bajó del *Shinkansen*, Cintia sonrió. Era una linda mañana de julio.

—¿Cintia Torres? —dijo el muchacho apuesto y le tendió la mano. Se llamaba Kaji. La estaba espe-

rando en la estación desierta y la conduciría a los cuarteles de NERV.

Cintia caminó con él hacia su oscuro destino de redención.

© PATRICIO CHAIJA, 2011.



PATRICIO CHAIJA
(Paraguay —Ciudad del Este, 1982—)

Argentino nacido en el Paraguay, es profesor en Letras. Vivió en Tornquist y actualmente reside en Bahía Blanca, donde se dedica a la enseñanza.

Autor de las novelas *El cazador de mariposas* (2009), *El libro de Fede* (2010) y *Pili* (2010), en **NM** publicó “Diez Águilas Amarillas” (# 10) y “Crisálida” (# 12).

ETERNIDAD

CÉSAR R. LUCIO PALACIO

La Luna, *Kuyén*, es la madre de las mareas. También de desgracias y de lágrimas. Fue la alcahueta que la despertó y la condujo a aquel tazón de leche fresca. El paisano ya debía saber de la debilidad de las que son como ella. Leche tibia, recién ordeñada, mezclada con dulce miel de abeja. Ahora, meses después de aquel momento, todavía se preguntaba qué hierbas de las estepas o de los mallines habría mezclado el peón con la pastura y cuyos efluvios habían sido destilados en las entrañas de la vaca. No valía ya preguntarse ni lamentarse. En ocasiones había escuchado a otras ninfas, entre los arbolillos que colindan con las llanuras, hablar de los taimados paisanos que inventaban mil y una formas de atraerlas para gozar de sus favores, mas nunca había sabido de alguna que surtiera efecto. Siempre era evidente

el olor en la leche, burdamente mezclada con las hierbas que, sin que fuera del conocimiento de los peones, ellas mismas cultivaban en la floresta: la *chungará*, la *calchacura*, el *triwe*, el *palki*. Nunca antes una ninfa había sido engañada por un mortal. Bueno, sólo sabía de una ocasión... pero Painemilla, la Tornasolada, había consentido en yacer con el extraño, después de todo.

Por tanto, nadie pudo aconsejarla; nadie tenía manera de advertirle. Sólo *Kuyén*, que todo lo ve claramente de noche, pudo haber enviado algún aviso. Pero, en lugar de ello, la despertó con un halo delgado y platinado y le marcó el camino hacia la trampa. El gran platón de barro rojizo estaba frente a ella, justo en la frontera entre el bosquecillo y la estepa. Los mugidos lejanos apenas llegaban a sus oídos. Las bravuconadas de los paisanos eran

tan leves que el tenue roce de su piel con los altos pastos las acallaba. La fragancia de la *vira-vira*, la ubicua hierba del bosque, inundaba el campo. La bebida tentadora la aguardaba. ¡Tonta! La precaución de mojarse las yemas en el líquido blanquecino no hizo sino precipitarla hacia la sed, una como nunca antes había sentido. Ya enloquecida, vació a grandes sorbos el recipiente, sin medida, sin fijarse en los hilillos de leche que le cayeron sobre el cuello marfileño, se esparcieron por los hombros y mojaron sus opulentos pechos. Al terminar con el contenido todavía pasó la lengua y la yema de sus dedos por todos los senderitos que había dejado la leche, chupando, sorbiendo la piel humedecida. No dejó siquiera que las gotas sobre la tierra se perdieran. No advirtió tampoco cuando la figura del paisano ya estaba sobre ella. Narcotizada, totalmente indefensa, sólo pudo murmurar el silbido que tienen en común las ondinas, las náyades y las dríades, ese que les sirve para lamentarse por algo que están a punto de ver. El temor se apoderó de ella al pensar en las atrocidades de los humanos. Se imaginó a sí misma como una vaquilla derrumbada por un par de boleadoras, golpeada contra el suelo o a punto de ser sacrificada. La luz de la noche le permitió ver la figura de un hombre maltrecho, tensando una soga entre sus manazas.

Esperó el primer golpe, uno brutal y fiero... pero nunca llegó. ¿Fue también efecto de las artimañas del peón? ¿Ella imaginó la ternura de unos manos que parecían tan agostadas y callosas?

Al principio el hombretón la abrazó con fuerza, tumbándola sobre la hierba, pero sólo mientras, por algún arte desconocido, la enterneció con una mirada llena de soledad y de añoranza. Ella no participó voluntariamente, pero el paisano la envolvió, la vertió hacia afuera. Alcanzó a entender algo de su lengua burda, que tenía que ver con seguirla siempre en el ocaso, con observarla de lejos, con buscar su aroma en el aire. A ambos se les llenaron los ojos de lágrimas. La buscó con los labios y la encontró con el aliento entrecortado. Sin apenas fuerza, él la hizo suya, manteniendo una candencia en los suspiros y las caderas que, extrañamente, no le fueron ajenas. Cuando terminó, no se alejó arrepentido. En cambio, la estrechó contra su pecho y sólo se levantó un momento en toda la noche, pero para cubrirla con pétalos de flores amarillentas que seguramente recogió en la pradera. Simplemente, ella no se fue. Todavía ahora le era confuso si estaba anonadada o satisfecha. Únicamente cuando *Antú*, el Sol, la urgió a huir ella trató de incorporarse, pero el paisano se le adelantó; la tomó entre sus brazos y la dejó entre los primeros árboles del bosque. Sin salir de su estupor, se adentró lentamente entre las sombras, perdiéndose en la espesura. A sus espaldas, una voz entrecortada y rasposa trató de entonar una canción de despedida. Tal vez cantaba palabras de amor.

En cuanto entró a su antiguo hogar, todo la rechazó. Las mismas briznas de la *vira-vira*, mientras que

antes la mimaban al rozarla, ahora le gritaban, la aborrecían. Sus madre-hermanas apenas la reconocieron. No es que su belleza hubiera menguado, pero llevaba la marca de un mortal. La rechazaron; ya no pertenecía a la floresta ni a los campos. Ella llamó en su defensa a *Kuyén*, al viento nocturno, a las estrellas. Pero nadie intercedió. En medio del bosque, el árbol de los brujos, el *kalku-mamüll*, dictó su sentencia: no podía deshacerse del producto de su descuido, ni podría olvidar al mortal que malamente la engañó. Sería el ejemplo en vida para todas sus hermanas de no acercarse a las cosas del hombre. La llamarían ahora *Wantronrou*, Rama Quebrada. El eco de ese nombre recorrió el bosquecillo y los campos, un eco que para ella significaría su soledad eterna. Dentro, sintió moverse sus entrañas, haciendo un pequeño nido para un nuevo ser. Llena de tristeza, se alejó a buscar solaz. Dado su vigor de inmortal, el alumbramiento ocurrió en unas pocas semanas. Ni que decir de los temblores dentro de sí, del sudor frío. Con la maldición de nunca olvidar al engañador, pudo seguir sus pasos en las llanuras.

Una noche, evitando a la traidora Luna, se acercó al paisano dormido. ¿Cómo sería aquella niña entre los hombres? ¿Crecerían flores y frutillas bajo sus pies, como antes con ella? ¿La Luna también la engañaría? ¿Al verla, el padre se acordaría de ella, con su cabello oscuro, su piel blanca y su olor a leche y miel? Preguntándose eso, acunó por última vez a la pequeña, tan parecida a sí misma. Recordó, como tendría que hacerlo por el resto de su existencia, la faz del peón. Cubrió a la niña con grandes hojas de *hualtata*, que ella anhelaba que le fortalecieran el corazón en los días venideros. Porque algo en su existencia se rompió al abandonarla y darse la vuelta; ella, *Wantronrou*, necesitaría hojas de *hualtata* por siempre. Al alejarse, todavía pudo ver de reojo al paisano incorporándose, abrazar con ternura a su hija y no quitarle los ojos de encima, con esa mirada tierna y esperanzada que ya conocía. En ese momento, mientras se adentraba en el bosque que ahora le era hostil, supo que ni los inmortales son ajenos a la añoranza ni los mortales son extraños a la eternidad.

© CÉSAR R. LUCIO PALACIO, 2011.

CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO
(México —Aguascalientes, 1981—)

Biólogo y lector empedernido, en **NM** publicó “Los cuervos también despiertan al amanecer” (# 19) y “El pienso” (# 21).

¿A VOS TE PARECE?

RICARDO G. GIORNO

¿A vos te parece, Marta? Mirá cómo te dejaron la casa. Un desastre. Un verdadero desastre. Esos amigos de tu marido se creen los dueños. ¡Y cómo marcan a las mellizas! ¿No se da cuenta Jorge? ¿El mismísimo padre se hace el estúpido? Y ese exhibicionismo obsceno de armas. Ya sé que son policías, pero... ¿por qué tienen que venir armados, justo a una reunión en una casa de familia? Porque, por lo menos para los de afuera, en esta casa vive una familia, ¿no?

Y qué chiquero que te dejaron, ¿verdad, Marta? Claro, ahora Jorge estará despatarrado en la cama, seguro pensando que la tarada de mi mujer —mi sirvienta, mejor dicho— se encargará de todo. Que limpiará hasta el último rincón, y que por la mañana la casa se presentará reluciente. Dale, Marta, dale, no arrugués

la cara, que ni siquiera las mellizas te van a dar una mano. “No jodas, mamá”, te dirían, para después subir por las escaleras a enterrarse en su cuarto. A vos no te dan bola; se la pasan viendo videos. Sí, esos videos del cantante centroamericano que te recalienta. Cómo mueve la pelvis de aquí para allá. Y siempre te acordás de Jorge: él se movía más que bien en la cama. ¿Cuánto hace que tu marido no te toca, Marta? ¿Cuánto hace que sólo tus propias manos te acarician en la intimidad?

Te detenés en el comedor. Desde ahí ves el *living*, la escalera... y juntás fuerza; empezás por barrer. Pero por más que barras a fondo, por más que gastes el piso, igual sabés muy bien que nunca vas a poder barrer la porquería que realmente deseás eliminar. La porquería de adentro. La misma porquería que te corroe

hora tras hora. Qué puta la vida, ¿no, Marta? Y eso no podés remediarlo; la escoba que aferrás con desesperación no alcanza, no llega hasta esa suciedad. La basura de tu propia vida no se puede barrer, y vos estás más que podrida de vivir en la inmundicia. Sería tan fácil echarte a dormir y no despertarte. Porque las pastillas te hacen dormir, pero tarde o temprano debés volver a la realidad. Y la realidad es una mierda. Una verdadera mierda. ¿Qué estás esperando, Marta?

¡Mirá! Mirá por la ventana a tus vecinos: abrazados en el *living*, ríen frente al televisor. ¿Cuántos años de casados llevarán, Marta? Muchos más de los que venís sufriendo a la sombra de Jorge. Y siguen abrazados, Marta. ¡Siguen abrazados! Una familia de verdad. Porque sus hijos no son como las mellizas. Vos los viste infinidad de veces junto a sus padres, felices. En cambio, tu familia... Y qué hueca que te suena esta palabra cuando la aplicás a Jorge y a las mellizas. "Familia".

Qué puta la vida, ¿no, Marta? Tan puta como las putas que regentea Jorge. Y la más puta de todas las putas: Susana. ¡Susi! Y se da el lujo de llamarse tu mejor amiga. Esa conchuda hija de remilputas llena de siliconas te sopló a tu marido. Porque vos no te creés eso de la amistad, ¿no, Marta? Ya les descubriste las miradas de fuego. Ese mismo fuego que ya no es para vos. Lo sabés de sobra. ¿Qué estás esperando, Marta?

Acordate, Marta. Hay un revólver que Jorge nunca usa. ¿Cómo lo llamaba él? Acordate, Marta, acordate:

el mismo revólver de Divididos. ¿Te acordás el nombre de la canción? ¡Eso: "El .38"! Y justo ese .38 es tan fácil de usar que ni seguro tiene. Dale, Marta, dejá todo y subí las escaleras. Así, Marta, así. ¿Viste que no cuesta nada?

¿Ahora que llegaste al cuarto vas a dudar? Abrí la puerta, Marta. En ese estante, donde vos lo guardaste, dentro de la caja de zapatos. ¡Ahí está! Agarralo, Marta, acarícialo. Así, mamita, así. ¿Ves lo hermosa que resulta su silueta? Acercalo a la boca, Marta. Dale un beso al caño, un beso de amante, un beso como un grito. Un grito de libertad. Meté el caño en la boca. No, así no. Mejor girá el revólver y sostené el gatillo con el pulgar. ¿Ves qué fácil? Un pequeño esfuerzo, muy pequeño, y se te terminaron tus problemas. Tus problemas los tendrán otros. Ya no serán tus problemas. Vas a dejar la inmundicia atrás, muy atrás. Y vos, Marta, te liberás de una.

¡¡¡Liberate, Marta...!!!

En medio de la cama, de costado, y sujetando con los brazos las plegadas rodillas, Susana oyó un chillido. Un sonido apremiante y desconocido a la vez. ¿Desconocido? No, no le resultaba desconocido. El sonido por fin le llegó a la conciencia: el celular. Bostezando, leyó la pantalla. Qué extraño que Jorge la llamara a esas horas. Igual, contestó.

—¿Qué decís, Jor? ¿Que Marta...? Me estás cargando, ¿no? ¡Voy para allá!

Un hervidero la casa de aquellos dos. Susana se abrió camino a codo

limpio, y sólo fue frenada por el control policial. Pero Jorge la esperaba, así que la dejaron cruzar las vallas.

—Ella todavía está arriba, Susi —le dijo él.

—¿Pero qué pasó? —Susana se llevó las manos a las sienes—. No puedo creerlo. No está sucediendo.

—Se amasijó sola.

Susana le clavó las uñas en el brazo.

—¿Cómo fue?

—Qué sé yo, flaca —dijo Jorge soltándose—. Escuché un disparo y...

—¿Un disparo?

—Sé cuándo es un disparo.

—Sí, claro, qué tonta.

—Venía de arriba, de la terraza. El disparo, digo. Así que empuñé la .9 mm y me mandé de una.

—¿Tenés un cigarrillo?

—Sí, tomá. —La terraza permanecía en orden, salvo por la puerta abierta del cuartito de herramientas.

Susana dio una pitada tan intensa que le vino un ataque de tos. Se agarró de Jorge.

—Perdoname.

Jorge le pasó el brazo por los hombros.

—Era tu mejor amiga —dijo.

—La puta madre que los remilparió. Y no lo vi venir. Tendría que haberme dado cuenta.

—Nadie lo vio venir, Susi. Nadie.

Susana se apartó de Jorge. Un escalofrío repentino le hizo decir:

—Quiero verla.

—Mirá, está laburando la Científica.

—Jorge... —Ella lo miró a los ojos—. No me vengas con pelotu-

deces para los giles. Deciles que me dejen mirar. Vos podés. Quiero verla.

—No te va a gustar, Susi.

Susana respiró hondo. Los senos —duros, erectos— se le marcaron a través del pulóver. Miró a su alrededor y sonrió; las miradas masculinas le devolvieron la certeza de que ella todavía se mantenía en forma.

—Al final me estás resultando medio boludo, Jorge. Ya sé que no me va a gustar. Pero Marta era mi amiga. Mi mejor amiga. Más que mi hermana, te diría.

—Vení a verla cuando la preparen los de la cochería.

—¡Vos no entendés nada, nene! Haceme el favor de decirles que quiero verla antes de que la levanten...

Se detuvo en los ojos de Jorge. Nunca la había mirado así. Una mirada de... ¿hartazgo?

—Como quieras —le dijo él, y se encogió de hombros.

Susana —la boca seca, picazón en la piel, un presentimiento maligno que era como un suspiro en la nuca— sintió que un peso le aumentaba en el estómago a medida que subía por las escaleras.

¿Qué la habría llevado a querer verla? Ni ella lo sabía.

En la terraza, los de la Científica se apartaron: la guardia de honor le armaba un camino. Y la luz a través de la puerta abierta le golpeó los ojos; parecía una gelatina en lugar de simple luz.

Lo primero que vio de la muerta fueron los pies. Uno descalzo. Susana se detuvo. ¿Por qué la gente perdía los zapatos cuando le pasaba algo

grave? Siempre le asombraba ese detalle en las fotos de accidentes.

“Pero qué boluda soy”, se dijo, “pensando justo ahora en accidentes. Mirá las estupideces que se me vienen a ocurrir”.

Y se asomó.

Marta parecía que sólo se había caído. La cara retorcida, la mano izquierda —“¡Era diestra!”, recordó Susana— crispada, contraída, con el puño preparado para golpear. La mano derecha —la del arma, seguramente— descansaba con la palma hacia arriba, como pidiendo limosna. Por más que buscó, no descubrió el revólver. Se lo habrían llevado ya los de Científica. Susana cerró los ojos.

¿Qué hacer? ¿Seguir mirando? ¿Decir algo? Se decidió por lo primero.

Y miró más allá.

La sangre manchaba la estantería. Y, lo peor de todo, los sesos desparramados por los estantes; trofeos a la venta de un comerciante del infierno.

Apoyó la mano contra el marco de la puerta. Contuvo una arcada. ¿Decir algo, una oración? ¿Y qué podía decir? No rezaba desde hacía mil años.

“¿Para qué habré venido?”, se preguntó, y volvió a pensar en el im-

pulso loco que la había hecho correr escaleras arriba. Mejor sería que se fuera. Jorge tenía razón: no le gustaba lo que veía. Para nada le gustaba.

Quiso irse, pero su propia mano se lo impidió. Por más que luchara, la mano no cedía, como soldada a la madera del marco. Y ese presentimiento maligno que le suspiraba en la nuca le llenó la boca y se rompió en grito. Un alarido que no era suyo salía de su propia garganta.

Susana perdió el conocimiento.

¿A vos te parece, Susi? Estos hijos de puta te dejaron sola en el sanatorio. Ni rastros de Jorge ni las mellizas ni nadie. Y claro, seguro que ahora te van a echar la culpa a vos por la muerte de Marta. Justo a vos, que siempre te rompiste el culo para mantener unida a esa familia de mierda. Qué puta la vida, ¿verdad? ¿Buscás algo, Susi? No, mamita, no hay ningún parlante. Bueno, lo de “mamita” es un decir. Porque vos jamás vas a tener hijos. Y dale: llámala a la enfermera si querés... Yo después vengo. De ahora en más —y hasta el final, ¿viste?—, de ahora en más, yo siempre voy a estar a tu lado.

© RICARDO G. GIORNO, 2011.

RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Miembro de La Abadía de Carfax, en **NM** publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol!” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14), “Argentina potencia” (# 17), “Bellar” (# 18) y “La sangre no sueña” (# 21).

EL LLANTO DE ADRIÁN

IGNACIO R. GONZÁLEZ

Subió casi corriendo porque se atrasó al salir de su casa. Siempre confiaba en que le sobrarian cinco minutos que, al final, por fuerza, le terminaban faltando. Entonces, mientras un familiar llamaba a la empresa para pedir que lo esperaran, buscando reponer esos cinco minutos que se le perdieron, él salió corriendo como un rayo hacia la terminal para llegar a tomar el colectivo. Su aliento se calmó cuando vio que llegaba; que, aunque con mala cara, el chofer estaba al costado de la puerta. Una vez ahí, con pulso agitado tomó el boleto y lo entregó. Dieciséis, abajo. Parco y con mala cara. Sin nada para conversar, porque ese colectivo iba a chocar y había algo en el ambiente que lo estaba anunciando.

Como llegó tarde y ya habían cerrado el baúl, tuvo que subir con el bolso, lo cual implicaba una incomodidad que, sumada a que casi

no llegó a subirse, ya le estaba ajando más el humor con el que había salido. Así que caminó con dificultad por el angosto pasillo de la plaza baja mientras el silbido de la puerta al cerrarse le musicalizaba el andar.

Pero tuvo más dificultades. El asiento 16 estaba ocupado. Damián dudó; trató de verificar que ese lugar era el que le correspondía, pero los números estaban ilegibles. El hombre estaba dormido, por lo que al despertarlo, y tras un amable pero siempre incómodo pedido de verificar los boletos, empezó a elevar el tono y a gesticular con ademanes que él había pagado por ese lugar y una serie de cosas injustificadas para el momento. El chofer tuvo que acercarse ante los gritos. Revisó los boletos. Dieciséis abajo, sesenta y uno arriba. Damián tenía razón. El hombre tuvo que dejarle la butaca, pero al salir tropezó

con el bolso con el que había subido el otro y cayó redondo sobre el angosto piso. Se golpeó el mentón con un apoyabrazos y eso sonó como un ruido hueco que presagiaba otro enojo. Pero no. Al levantarse con ayuda, lo miró de reojo y subió por la escalera sin decir nada más.

El chofer ya estaba fastidiado con él y se lo dijo. Que encima de llegar tarde, ahora protagonizaba una pelea, y que si lo volvía a sentir en el viaje lo bajaba aunque fuera en medio de la ruta. No quiso entender que no fue culpa de Damián ni siquiera el llegar tarde. Dio media vuelta y se fue para poner en marcha el colectivo. Horas más tardes, la cabina entraría en llamas luego del impacto y el chofer sería el primero (por diferencia de milisegundos con respecto a los demás) en morir.

Terminó de acomodarse. El bolso lo tuvo que poner entre sus piernas para que no molestara a los demás, pero le terminaba por ocasionar una profunda incomodidad. Pensó que el viaje así iba a ser muy largo. Le pareció sentir en sus pies el temblor de la reversa mal puesta. Miró para afuera; la distancia empezó a crecer. Habían partido.

Hundió los codos y estiró las piernas lo más que pudo. La señora que estaba al lado lo miró de reojo; sospechó que Damián era un tipo problemático y trató de no hablarle. "Definitivamente será un viaje largo", pensó. Trató de dormir, pero era difícil. Y con el apuro con que salió de su casa olvidó tomar algún libro para leer. Lo lamentó. Entonces, a fuerza de aburrimiento, empezó a recordar la

reunión de la noche anterior. A recordar que él no estuvo de acuerdo y que a nadie le importó, porque de todos modos lo mismo invocaron el espíritu de Adrián. No había necesidad, pero estuvieron hasta entrada la mañana con el espíritu llorando en un rincón de la casa, sin responderles nada. Sólo lloraba. ¡Y la angustia que sintió Damián porque no daba respuestas! Al principio no quería, pero una vez ahí había tanto por preguntarle... Y nada; Adrián seguía conservando los secretos que lo llevaron a la muerte y Damián sin resignarse. Pero tampoco lo quería incomodar por miedo a que desapareciera. Entonces tomaba cerveza mientras pensaba alguna estrategia para obtener las respuestas que quería.

La cuestión es que no logró nada y Mae no dejaba de mostrarse orgullosa, porque era la primera vez que eso del espiritismo le salía tan fácil. "Algo nos debe estar queriendo decir, porque no le tuve que insistir para que aparezca. Se podría decir que vino solo". Pero lloró todo el rato que estuvo y no hizo más que eso. Entonces Damián, que no se sentía cómodo, porque Adrián era su amigo de toda la vida, le trataba de sacar alguna técnica a ella para que lo obligara a responder. Pero ella se sonreía. "¿No lo extrañabas vos? Conformate con verlo, que eso ya es mucho". Nunca entendió que él había sido el amigo de toda la vida, y que si estando muerto lloraba así era porque no la estaba pasando bien. ¿Qué le importaba a él verlo y nada más, si con eso únicamente le nacían más preguntas?

El colectivo ya había entrado en la ruta. Sólo le restaba hora y media de viaje antes del choque y el posterior vuelco.

Adrián había muerto. Eso era obvio. Todos lo sabían muerto desde hacía ya más de siete años. Era la verdad que todos mejor manejaban; además, la aparición del espíritu así lo confirmaba. La incógnita era el cómo. Mae jugó por jugar. Él, en cambio, no quería, porque si lo llegaba a tener en frente, y no decía nada, para él sería peor. Nunca había digerido bien que nadie encontrara el cuerpo. “Desapareció”, decían los medios. Los rastrillajes nunca dieron frutos y la familia pareció conformarse con enterrar el cajón vacío. Pero Damián sintió que un hermano de la vida se llevaba la mitad de sus secretos a un lado que no le pertenecía. Pasó de tener un confidente a no tenerlo más, y por eso se angustió tanto cuando Mae le dijo que se conformara.

No obstante, ella no tenía la culpa; si ni siquiera lo había llegado a conocer. Se divertía, como los demás del grupo. Sin embargo, él quería respuestas; los demás, sólo un poco de miedo para pasar el rato. Y, como no pasó nada más, pronto se aburrieron. La sesión duró poco.

Después no pudo dormir en toda la noche. Le llevó varias horas de soledad, una vez pasada la velada, para ordenar un poco su cabeza. Y, aun así, la cara de Adrián llorando no la pudo correr de su mente ni cuando discutió con el señor por el asiento del colectivo. Tan afectado quedó que hubiera perdido el viaje si un familiar no llamaba a la terminal para que lo esperaran cinco minutos. Tan afectado por las lágrimas de su amigo, que casi zafa de subirse al colectivo en el que, después del choque y del vuelco, nadie iba a sobrevivir para contarla.

© IGNACIO R. GONZÁLEZ, 2011.

IGNACIO ROMÁN GONZÁLEZ
(Argentina —Punta Alta, Buenos Aires, 1985—)

Profesor y licenciado en Psicología, en 2010 publicó de manera independiente el poemario titulado *El sol nos mirará de lejos*.

Participa en un proyecto de polipoesía llamado Fono Poética, y en 2011 publicó su primer libro de cuentos, titulado *Perspectiva modelo*, por medio de Ediciones de la Cultura.

EL OTRO LADO

ARIEL C. DELGADO

Poco a poco la luz va reemplazando las sombras; tengo la mirada fija en el techo. Es la quinta noche que llevo sin dormir y temo por mi cordura.

El comienzo fue sutil; sombras y formas vagas, apenas percibidas por el rabillo del ojo. Algo normal, según muchos. Luego vino la sensación de desplazarme en medio de una especie de océano de melaza; un lugar pleno de formas de vida diferentes de la nuestra, seres que me

susurraban al oído que era hora de irme.

Los exámenes médicos indicaron mi buena salud. Llegué hasta la puerta del consultorio del psicólogo, pero fui incapaz de entrar.

Quizá sólo era cansancio; la semana había sido intensa y agotadora.

Invité a una amiga al cine; esperaba que eso me relajara al menos un poco. Al apagarse las luces y co-



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

■ Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción



menzar la función, tuve la seguridad de que venían por mí. “El tiempo ha terminado”, me repetía mentalmente con estúpida obstinación. Aterrorizado, abandoné la sala, dejando asustada y confundida a mi amiga. Corrí en medio de los autos, cuyos conductores lanzaban insultos; la gente me miraba extrañada.

Garras invisibles me tomaron de los hombros, levantándome; vi mi cuer-

po abajo caer de rodillas y mover la cabeza como si despertara de un sueño. Un transeúnte se acercó a preguntarle si estaba bien. Por fin entiendo. Ya me habían advertido del peligro de pasar demasiado tiempo en el cuerpo de un humano; podía perder la identidad. Ahora regreso con los míos, a mi propia realidad.

© ARIEL C. DELGADO, 2011.



ARIEL CARLOS DELGADO
(Colombia —Bogotá, 1971—)

Abogado, también realizó estudios de cine y televisión. Colaboró en los sitios web “Letralia. Tierra de letras” y “YoEscribo.com”, en la ciberbitácora “El país de las historias”, y en la revista digital **miNatura**.

Adora los gatos, los cómics y el cine. Menciones de honor en el Concurso Internacional de Relato Breve Alfred Hitchcock, por el cuento “Distancia paralela”, y en el Concurso Internacional de Poesía y Cuento Windmills Edition 2009, por el cuento “Embrión final”.

Un tema recurrente en sus historias es la soledad e indefensión del ser humano ante el destino.

CON DOBLE VUELTA DE LLAVE

CLAUDIA CORTALEZZI

1

El teléfono.

“Ángel”, pensé, sin saber por qué.

Me había quedado dormida, o quizá sólo había cabeceado. Pero el teléfono me sacó tan bruscamente del sueño que arrastré hasta la vigilia las dos sílabas de aquel nombre: Ángel.

Y otra vez el teléfono.

Debía acabar con el infernal ruido antes de que me volviera loca.

Levanté el auricular.

—¿Veca? —oí—. ¿Veca, sos vos?

¿Era la voz de mamá?

Ángel. Una vez más, esa palabra vino a mi memoria.

¿Quién sería “Ángel”? Una imagen cruzó por mi cabeza. Un escalofrío. Hay cosas de las que mejor ni acordarse.

—¿Veca? ¿Estás ahí?

Mamá, sin duda. Nadie más que ella me llamaría “Veca”.

—Verónica habla —dije—, ¿quién es?

—¿Veca, sos vos? —Sonaba nerviosa, desencajada—. ¡Ah, qué alivio escucharte! Veca, por favor, vení. —Me estaba rogando—. Por favor, Veca. Vení a la casa de la calle Urquiza, te necesito.

Y cortó antes de que yo atinara a responder.

Colgué a mi vez y volví a la cama.

Mamá. ¿Qué podía ser tan importante como para decidirla al supremo esfuerzo de llamarme? Ni siquiera había asistido a mi fiesta de graduación. Fui una tarada al hacerle caso a Julián. “Llamala”, me había dicho. “Seguro que no viene porque no la invitaste”. Claro: hacía poco que salíamos, y él no tenía mucha idea de

cómo venía la historia. Y yo la invité como una buena estúpida, y ella ni se tomó el trabajo de mandarme a decir que no iría.

Ángel. Ahora, después del llamado de mamá, no pude reprimir el recuerdo. Ángel era el nombre que yo había elegido para ese hermano...

Ángel. Mamá. Papá. Y pensar que pasaron veinte años de la última vez.

Increíble.

2

—Vení, Vequi —me había dicho mamá un tarde de veinte años atrás—. Agachate y apoyá la oreja en la panza. Acá, pegadita al ombligo.

Mientras me acomodaba, ella deslizaba sus dedos suaves y tibios por mi cabeza, con esa ternura que aún hoy me hace estremecer en sueños.

—Ahora respirá despacio —me susurraba—, respirá despacio y concéntrate en los latidos del corazón.

—¿Pero el corazón está en la panza?

Mamá. Mamá y esa sonrisa suya.

—No hablo de *mi* corazón —dijo—, sino del de tu hermanito.

—¿Cómo se va a llamar, mamá?

—No sé, Veca. Tendríamos que discutirlo.

—La verdad verdadera, a mí me gustaría Ángel.

Me imaginaba enseñándole a jugar, cuidándolo en los primeros pasos. ¿Cómo sería un hermano, un Ángel? ¿Cómo sería tenerlo, acariciarlo, besarle los cachetes? ¿Qué tendría

de mí? Con suerte, nada; con suerte no andaría por el mundo con este repulsivo garbanzo en la mejilla y esta nariz de bruja de cuento. Él sería hermoso, perfecto.

Él se parecería a papá.

Con mamá habíamos arreglado la habitación de huéspedes, que nunca se usaba. Mientras pintaban las paredes de azul pálido, fuimos de compras. Jamás tendré ni idea de con qué me vine ayer mismo del súper, pero de mis siete años hay cosas que regresan cada vez con mayor claridad. Por ejemplo, de pronto, recuerdo que yo elegí una alfombra celeste con ositos.

Papá volvía más temprano que nunca del trabajo y hasta ayudaba a preparar la cena. Él también estaba ansioso: a cada rato la andaba retando a mamá y le decía que debía descansar. Y mientras ella se tiraba en un sillón a ver la tele, papá y yo cocinábamos. Me hacía muy feliz quedarme a solas con él y ayudarlo parada en un banquito para llegar a la mesada. Para llegar a papá, mejor dicho.

Lo único que me molestaba de mi hermano era que iba a nacer justo cuando yo empezara el colegio, y ni mamá ni papá podrían acompañarme ese primer día.

Pero el parto se retrasó una semana.

—Seguramente mañana ya podés venir a conocerlo —me dijo mamá, saliendo para la clínica. Se había vuelto tan pesada que apenas podía caminar. Iba agarrándose la panza, tratando de mantenerse derecha. Papá, caballero como siempre, la acompañó sin despegarse de ella.

A mí me encerraron en casa con la tía Tita.

Era la primera vez, desde que supe que iba a tener un hermanito, que sentía angustia. Me tendí boca arriba en la cama, mirando el techo, y no contesté a los llamados insistentes de la tía para que bajara a cenar.

La luz se hizo cada vez más débil hasta que por fin llegó la noche, y el cielo raso se convirtió en un espejo; me veía con tal definición como si fuese de día. Cerré los ojos. Ya no se reflejaba mi imagen sino la de mi hermanito. Su cuerpo se estiraba, crecía a velocidad. Y de golpe adquirió el tamaño de un hombre. De un hombre desnudo.

Aparté la atención de su sexo y me detuve en los ojos: eran tan claros... De ellos se desprendieron unos cordones transparentes, de gelatina, pensé, asquerosos. Segundos más tarde, advertí que aquellos apéndices o tentáculos o lo que fuesen escapaban también de sus oídos.

Aterrorizada, miré hacia la pared. Toda la noche.

No sé cuánto tardé en dormirme; sólo que el castañetear de mis dientes me asustaba mucho.

Desperté cerca del mediodía.

Papá ya había vuelto de la clínica. Caminaba de un lado para otro, y a cada pregunta de la tía respondía con un gruñido.

Corrí a abrazarlo.

—¿Puedo verlo, papi?

—¡No! —dijo apartándose—. Está enfermo.

—¿Y mamá? ¿Cuándo viene?

—Pronto.

—¿Qué tiene mi hermanito? ¿Es contagioso?

—¡Basta, Veca! No viene y está enfermo. Eso es todo.

Dos semanas después, mamá ya estaba de nuevo en casa. Yo volvía del colegio, cansada de extrañarla; así que la abracé tan fuerte... Sentí que me ahogaba.

Después corrí por las escaleras hasta el cuarto azul.

Pero habían echado llave a la puerta.

—Sigue enfermo —explicó papá con los puños tan apretados, que hasta la cara se le había vuelto roja. Se parecía al increíble Hulk en el momento de la transformación.

Al principio creí que todo era un engaño, que mi hermanito había muerto, que me mentaban para que no sufriera. Pero no era la muerte lo que me ocultaban.

Días más tarde me cambiaron de colegio; sin ninguna explicación, terminé el año en un internado.

Los domingos eran los únicos días que pasaba en familia. Jamás salíamos de la casa. Y, cuando mamá se distraía con la costura y papá se metía a ver el noticiero, yo me escabullía por las escaleras y por el pasillo hasta la puerta prohibida, que permanecía cerrada.

Uno de esos domingos, mamá me dijo que a mi hermanito lo habían trasladado a una clínica especial.

—Para que se recupere del todo, Veca.

No le creí.

Tampoco le creí cuando me dijo que le habían alquilado el cuarto azul a una mujer llamada Nora.

Nora no salía nunca de casa. Yo la veía en la cocina, cuchicheando con mamá. La veía encerrarse en su habitación con un plato de comida: papillas de zapallo o algo por el estilo. A veces Nora llevaba escondidos bajo la remera elementos de higiene. Una vez le descubrí una jeringa en la mano.

Ya me había dado cuenta, pero la jeringa me lo confirmó: Nora era la enfermera de lo que mamá había dado a luz aquella tarde de marzo.

En las vacaciones de verano me mandaron a vivir con la tía Tita.

Y, al comienzo del segundo grado, sucedió lo peor que me pasó en toda mi vida: papá había desaparecido.

Mamá envejeció de golpe. Caminaba arrastrando los pies y se pasaba horas mirando el vacío. Muchas veces yo la llamaba, esperando encontrar a aquella mamá dulce y tierna, pero ella no me oía.

De los años que siguieron recuerdo poco. Mi único objetivo era convertirme en una alumna brillante, cosa que logré ampliamente. Incluso llegué a recibirme con honores en la facultad. Además, nunca dejé de rastrear el paradero de papá —lo que me sirvió para olvidarme de mamá y de mi *hermanito*—. ¡Qué felicidad cuando creí que lo había encontrado, al leer en la *web* el listado de páginas con “Fernando Ríos”! Pero ninguno de estos homónimos era mi padre. Alguien con temperamento de bromista me dijo que lo había visto en un retiro

espiritual, junto a unos monjes que se recluían en las montañas.

En todos esos años, sólo vi apenas dos veces la figura siniestra del cielo raso. Ya casi me había olvidado de aquella tarde de domingo cuando, al tantear el picaporte de la habitación azul, la encontré por fin abierta; el bulto de las frazadas delataba el cuerpo que respiraba pausadamente, pero yo no alcancé a verlo. Mamá me arrancó de un brazo hasta el pasillo y cerró la puerta con llave.

Ni siquiera me retó. Fue al comedor, levantó el teléfono y marcó un número de memoria. Hablaba muy bajo y su expresión era como de loca.

Al rato llegó la tía Tita y me ayudó a preparar las valijas. Me instalé definitivamente en su casa.

Ese día dejé de ser Veca para convertirme en Verónica.

Ese día fue la última vez que vi a mamá.

En aquellos años, la tía me decía que mamá estaba mal y que por eso no iba a visitarme. Poco después dejé de preguntar por ella. Me preocupé exclusivamente de pensar en papá; con el tiempo, empecé a buscarlo.

Y ahora, cuando ya mamá estaba muerta y enterrada para mí, a los dos años de haberle enviado la invitación, ahora ella me necesitaba y yo acudía a su pedido de auxilio.

3

Hojas negras y húmedas cubrían como un pegote apelmazado los es-

calones que separaban la vereda de la puerta de entrada en la mitad de cuadra de Urquiza al setecientos. Como si nadie los hubiera pisado en mucho tiempo, como si pertenecieran a una casa de fantasmas.

Toqué el timbre y esperé.

Nada.

Tanteé el picaporte; la puerta no tenía llave.

Entré.

Pensar que era ella quien ahora me había llamado. Pensar que ahora yo volvía a caminar por esa casa de la que me habían corrido sin explicación alguna.

El interior era aún peor; la oscuridad de ventanas cerradas se hacía uno con el olor a encierro.

Antes de verla a *ella* necesitaba echar un vistazo a esa morada en la que había sido tan feliz.

Desde el comedor percibía el olor a platos de días. En cada rincón de la cocina había paquetes de Nestum, frascos de comida para bebé. La Moulinex sucia encima de la mesada, un plato térmico. ¿Me habría metido en una casa ajena? Tal vez ella no viviera más ahí. Quizá había vendido la casa y yo no me había enterado. “No, estúpida”, me dije; “mirá un poco alrededor”: los mismos muebles de mi infancia habitaban el *living*, el comedor, y hasta el jarrón con ramas secas parecía haberme esperado en el rincón de siempre.

Subí lentamente las escaleras temiendo ser descubierta.

La alfombra del pasillo, mojada. El agua brotaba por debajo de la puerta del baño.

Entré. De la bañadera —rebo-sante de agua turbia, rosada— asomaban unas piernas fofas de mujer. Me acerqué. Cerré la canilla, me senté en el borde y observé. El cuerpo de mamá aún no flotaba. Tendida en el fondo, parecía dormida, a no ser por los ojos hinchados; me miraba fijo. Se había abierto las venas con un cuchillo de cocina, que ahora enchastraba los mosaicos.

De su boca cerrada asomaba un hilo, como la cola de un ratón. Extrañada, me arremangué y metí la mano en el agua. Le abrí la boca; una burbuja me sobresaltó. “No es nada”, pensé. Metí los dedos —la lengua todavía no se había endurecido— y rescaté la llave. No necesité pensar mucho para darme cuenta de que era la del cuarto azul.

Sentí el ardor de las lágrimas, la nariz hinchada. Si al menos estuviese Julián para consolarme, para darme ánimos, para ayudarme a soltar el llanto reprimido durante veinte años. Pensé en llamarlo al celular; pero, de esa manera, debía contarle todo. No, no entendería. Y ya me había bancado tantas yo sola...

Además, había algo más urgente que mi llanto: había llegado la hora de ver, la hora de *verlo*.

A medida que me acercaba a la puerta prohibida, redescubría el monstruo reflejado en el cielo raso oscuro aquella noche del parto de mamá. Tal vez mi hermano fuese ese aborto de ojos derritiéndose ante mi mirada. Hasta podría ser peor: lo imaginé arrastrándose por las paredes, reptando sobre los ositos que decoraban la alfombra

celeste, que veinte años atrás yo misma había escogido con tanto amor.

A mí me tocaba ahora. Me sentí la responsable de eso, fuera lo que fuese.

No importaba; él era mi hermano.

“No voy a poder, no voy a poder, no voy a poder”. Me ahogaba de miedo frente a aquella puerta. El temblor de mis manos era tal que la llave amenazaba con caérseme cada vez que intentaba meterla en la cerradura.

Al fin logré abrir.

En la habitación azul —igual, pero como una postal virada a sepia— aún colgaban los móviles con motivos infantiles. La telarañas apenas dejaban paso hacia el rincón que debería ocupar la cuna.

Estaba. La cuna estaba en aquel cuarto abandonado. Revuelta de trapos, abultada casi hasta el borde, ese corral de madera laqueada evocó para mí el tiempo secreto, cuando habíamos sido una familia.

A punto de dejar el cuarto, algo me llamó la atención. Desde que había entrado, tuve la sensación de no estar sola.

Me acerqué a ese revoltijo de telas, creyendo distinguir...

...una mano.

¡Una mano delataba su presencia! Él se las había ingeniado para cubrirse, para ocultarse del mundo.

La mano parecía un ala de murciélago. Rayado lo traslúcido, espectral, palmípeda. Colgaba por un costado de la sábana negra de viscosidades. La cuna era la jaula para esa aovillada aberración.

A su lado ya, no podía destacar. Jamás me hubiera atrevido.

¿Estaría él en sus sueños —extrañamente dormía— tan aterrorizado como yo?

Me senté en el piso, apoyando la espalda contra la pared. Esperando que despertase, observaba esa mano lisa, laxa. Un impulso me llevó a acercarme, a acariciarla: demasiado suave a la vista.

Las frazadas se movieron, su cuerpo se erguía... y un segundo después él estaba frente a mí, arrojado en el interior de la cuna.

Me restregué los párpados como queriendo quitarme la pesadilla. Pero no era una pesadilla, ni siquiera un sueño inofensivo: era, simplemente, mi hermano. ¿Se llamaría Ángel, como a mí me hubiese gustado que lo bautizaran? Quién podía saber si mamá me habría escuchado esa vez.

Ángel era todo un muchacho. Un muchacho tan hermoso... Así lo había imaginado, encantador como papá. ¿Cómo mamá y él habían cometido semejante crimen? ¿Odiaban la belleza, acaso? ¿O me odiaban a mí, en realidad, que no era, ni con mucho, tan perfecta como él? Sí, sí, era a mí a quien habían recluido; a veces duelen más las reclusiones del alma que las físicas.

Ángel se me acercaba; parecía olfatear el aire a su alrededor mientras su mano se estiraba hacia mí en medio de una nebulosa. Hice un esfuerzo para volver a enfocar su cara, pero no pude; cada vez lo veía más y más lejano y borroso.

Cada vez lo veía más niño; volví a escuchar los latidos de su corazón, con la oreja en la panza de mamá.

Lo vi crecer. Lo vi corriendo de mi mano, riéndose conmigo. Todo eso nos habían robado.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que lo tuve de nuevo frente a mí, arrodillado en la cuna.

La bruma desaparecía de a poco. Y me di cuenta de que me había caído al suelo, despatarrada sobre la alfombra.

Me costaba reconstruir la realidad. Con ojos ajenos, como si estuviese ante una pantalla de cine, el cuarto era un espejismo.

Ahora, sentado en la cuna, parecía no verme.

Se movía con torpeza. Al principio pensé que se trataba de mi imaginación, pero lo cierto era que él emitía un aullido sordo, apenas perceptible. ¿Querría hablar, querría modular sonidos humanos? De ser así, le resultaba imposible. Con una mano acariciaba el borde de la cuna, y con la otra —mimo fantasmal— seguía escrutando el aire.

Buscándome.

¿Buscándome? Con ilusión de niña, pensé que así era.

Me acerqué.

Lo tomé del mentón con suavidad y quedamos frente a frente.

No me sorprendió su mirada de ciego, velada por una película amarillenta.

Lanzándome hacia él, lo abracé con alma y vida.

Como no me rehuía le besé las manos, las mejillas, los párpados.

—Soy Veca —le dije en un susurro—. Tu hermana.

Él no hizo ningún gesto.

Creí que no me había oído y repetí la frase, ahora más fuerte.

—Soy Veca. Tu hermana.

Tampoco hubo respuesta.

Le grité.

—¡Soy Veca!

Nada.

Quise ayudarlo a trasponer la baranda.

¿Cómo mamá lo hacía dormir en una cuna de bebé? Su cuerpo estaba ladeado, asimétrico. Casi contrahecho. Seguramente por dormir así; desharrapado, embutido. “Ángel” era una excrecencia de aquella casa y de nuestra historia.

¡Dios mío: usaba pañales!

Entonces descubrí que mi hermano, aquel Adonis heredero de la belleza de papá, era sordociego: un animalito, un bellissimo topo del submundo al que nadie le había dedicado ni siquiera sesenta míseros minutos de atención. No sólo no hablaba ni oía ni veía, sino que tampoco tenía ningún motivo para seguir respirando. ¡Si al menos me hubieran dejado a cargo de su educación!

La angustia me hizo dejarlo solo, irme a llorar a otra parte.

Corrí al baño.

Mamá todavía estaba hundida en la bañadera.

No sé de dónde saqué fuerzas para arrancarla de allí —acaso la rabia, que le había ganado a la angustia—. La arrastré hasta que quedó en medio del baño y me subí encima de ella, a horcajadas, dispuesta a abofetearla. Pero no pude; verla así me desconsolaba: aquellas arrugas, aparecidas cuando yo era una niña,

se habían convertido ahora en surcos profundos que le desgarraban el cuello y las mejillas. Sin embargo, a pesar de haberla invadido con saña, esos pliegues no ocultaban las facciones de mi madre: aun acuchilladas por el tiempo, eran los rasgos del hada cariñosa de mis primeros años.

—¡Qué hiciste de Ángel! —le grité al cadáver tendido a lo largo de los mosaicos marmolados de sangre—. ¡QUÉ HICISTE DE NOSOTROS! —Tanta era mi furia, que tuve la sensación de que mis gritos la harían levantarse.

Y pensé que esa mujer, aquella amada madre mía del pasado, en realidad había muerto el día del nacimiento de mi hermano. Nunca lo había tratado como a un hijo; ni siquiera como a una persona.

—¡Monstruo! —le grité—. ¿Cómo pudiste?

Salí del baño y corrí por el pasillo. Un segundo después volví a contemplarla; yo misma no me perdonaría el desperdicio de esos últimos instantes a solas con ella.

Permanecí de pie en el umbral, en silencio.

¿Quién me explicaría tantos años de soledad? ¿Quién me explicaría por qué mi hermano, un hermoso muchacho, usaba ridículos pañales y comía papilla?

Lancé una carcajada y me arrepení enseguida, ahogada en esa casa roñosa, apestante.

Escapé a la calle.

Caminé sin rumbo, hasta que sin querer llegué a la casa de tía Tita; ahora que yo empezaba a descubrir la verdad, podía exigirle que me a-

clarase por qué nadie auxilió a mi hermano, por qué me mantuvieron al margen.

¿O era que todos estaban locos? ¿Incluso ella, mi tía?

Toqué el timbre y esperé.

Volví a tocar.

Me senté en el escalón, recostándome contra la puerta; tal vez mi tía se estaba bañando o algo por el estilo.

Un chucho de frío, y entonces percibí la humedad de mi ropa: empezaba a secarse y aparecía la aureola. La aureola que delataba la sangre acuosa de la muerte. La imagen de mamá en el fondo de agua rosada.

Me sacudí; necesitaba sacarme de encima su presencia.

Escapé hacia mi departamento.

Lo primero que hice fue abrir la ducha. Permanecí bajo el agua mucho tiempo. Cuando salí del baño anochecía.

Metí en un bolso ropa, el botiquín y todos los enseres que me entraron. Llamé a la oficina —al número directo de mi jefe— y le dejé un mensaje. Me tomaría las semanas de vacaciones que tenía pendientes; en esa época del año nadie era imprescindible en la empresa. Antes de salir de mi departamento, tomé un portarretratos con la foto de papá; meses atrás se la había robado a su hermana, la tía Tita. Antes de guardarla en el bolso la contemplé unos segundos: una foto de cuando eran adolescentes; yo la había cortado en dos, deseché la imagen de la tía. Mi padre —juvenil pañuelo al cuello, gorra escocesa y pipa de brezo— sonreía con un fondo marítimo de gaviotas y lanchas pesqueras.

“Si pudieras verlo, papá... Ángel es igual a vos”.

Papá. Unos tres años atrás había abandonado tu búsqueda. Y ahora los hechos te devolvían a mí como en una marea de resaca. ¡Encontrarte! ¡Encontrarte ahora que ella ya no está!

Cargué el bolso, agarré la cartera y salí para la casa de mi infancia. Salí hacia el castillo del ogro.

Lo primero que debía hacer era arreglar lo del cuerpo de mamá. Urgente, llamar a la policía. Después rastrearía de nuevo a mi padre.

Ya en la casa, pasé por la habitación azul: mi hermano había vuelto a quedarse dormido.

Revolví los cajones de mamá buscando algún documento, una cédula de obra social o algo por el estilo.

Cierta caja de madera contenía fotos, toda clase de fotos: de cuando los viejos noviabán, de cuando yo era chica, del embarazo de mamá. De los embarazos de mamá, mejor dicho.

También encontré la partida de nacimiento de mi hermano, que saqué de un pálido sobre manila.

Al desdoblirla, tuve un presentimiento.

Y fue cumplido: ¡lo habían llamado Ángel, como yo quería! ¡Ángel, como siempre lo he llamado yo en mi corazón! ¿Por qué no compartieron al menos eso conmigo?

En el fondo de la caja, las fotos del casamiento de mamá y papá.

Me quedé mirándolas: él debía haberse casado a los veinte años. La edad que ahora tendría mi hermano. Corroboré que eran idénticos.

Acerqué la foto al velador; necesitaba verla bien. Al trasluz mostraba algo; la di vuelta y descubrí una dirección junto al nombre de papá. ¡No lo podía creer, ella había conocido su paradero! Me consideré afortunada, todo parecía estar de mi lado: había encontrado a Ángel, ahora podía rastrear a papá. Decidí pasar el dato a la agenda antes de seguir hurgando.

En cuanto al cajón de la mesa de luz, sólo contenía la credencial de Pami y una tarjeta ajada.

La tarjeta debía ser de un médico: tenía una cruz roja en el borde superior derecho. Lo único legible era un número escrito con lapicera. Tuve que acercarme a la ventana para descifrar aquel despojo de cartulina; advertí que anunciaba a un pediatra llamado Urquiza.

Urquiza.

¡Ricardo Urquiza había sido *mi* pediatra! Cómo olvidarlo, si siempre me había llamado la atención que su apellido coincidiera con el nombre de la calle en donde yo vivía.

“Y donde ahora viviré con Ángel”, pensé.

Seguramente, Urquiza ni se acordaría de mí.

¿Cómo explicarle quién era yo? ¿Cómo justificar la muerte de mamá, en caso de que sospechara de mi culpabilidad? Porque, lo que se dice culparme, podrían culparme con todas las de la ley. HORRENDO CRIMEN EN PLENO CENTRO PORTEÑO. ¿Por qué no? En lo que hacía a mi búsqueda reciente, podía decir que ella no había dejado ninguna cartita al juez anunciando su suicidio.

Marqué el número que alcancé a distinguir en la tarjeta.

Equivocado; habría leído un 2 en lugar de un 1. Probé de nuevo, ahora marcando el 1.

—Consultorio, buenas tardes —me respondió una voz femenina.

—¿Podría hablar con el doctor Urquiza?

—¿Cómo es su nombre?

—Es algo personal —dije—. Dígale que soy Verónica... Dígale que soy Veca.

—Un momento, señorita Veca... señorita Verónica.

Todo el pasado volvía sin aviso. Y yo no podía saber si esa situación me hacía feliz o desdichada.

—¡Veca! —escuché en el teléfono, olvidada de que tenía el tubo pegado a la oreja.

—Hola —dije.

—Contame, Veca. —Me hablaba como si yo todavía tuviera siete años.

—¿Podría venir, doctor —logré decir antes de que se me cerrara del todo la garganta—, a la casa de mi madre?

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que Urquiza tocó el timbre. Me sentía extremadamente cansada.

Él se ocupó del sepelio y de la policía.

Creo que nadie en el barrio se enteró de lo ocurrido.

4

Mi vida comenzó a tener sentido.

Primero le enseñé a comer solo; después, a bañarse.

Jugábamos a las escondidas de una forma muy particular: siempre me ocultaba en el mismo sitio hasta que él, tanteando, lograba encontrarme sin ayuda; después yo cambiaba de rincón y el aprendizaje volvía a empezar.

Le enseñé a bailar.

Una tarde lo vi reír. Una risa muda. Si alguien que no lo conociera lo hubiera observado, hubiese visto una expresión macabra. Pero para mí era una risa hermosa.

Jamás se me ocurrió que podría sacarlo del encierro. Preferí mantenerlo para mí sola. Ángel, mi secreto.

Volví a la oficina. Pero el trabajo, que hasta ese momento había sido lo fundamental, se convirtió en un accesorio, en una actividad simplemente necesaria para la subsistencia. Un mañana descubrí que hasta me había olvidado de Julián; llegó a la oficina enojadísimo, recriminándome el abandono, diciendo que me había buscado en el departamento y en la casa de mi tía Tita. Creo que le dije que se fuera, que algún día le iba a explicar. Y el pobre no entendía nada. Dijo algo de aquella chica dulce, de que podía contar con él y no sé qué paparruchas por el estilo. Es un buen tipo; respetó mi decisión y no volvió por la oficina. Una vez llamó y yo no estaba. Pobre, nunca me tomé la molestia de contestarle.

Para mí lo único importante era Ángel.

Y, los fines de semana, mi bálsamo. Ángel dormía sus largas siestas. Supongo que lo habría hecho desde siempre, y seguramente también dormía cuando yo me aburría de muerte en el trabajo.

Yo disfrutaba con el simple hecho de ordenar la casa, cada vez más parecida a la casa de mi recuerdo: un hogar que de a poco volvía a ser habitable. Le compré a Ángel una cama y dispuse todo de manera acorde con su edad.

Del cuarto de mamá rescaté sólo las fotos y los papeles; después cerré con doble vuelta de llave.

Atesoré en mi mesa de luz el certificado de nacimiento de Ángel; para mí no se trataba de un documento cualquiera: me indicaba que en pocos días sería su cumpleaños.

Veinte años, Dios mío.

Decidí organizarle un festejo. Algo privado, pero festejo al fin. No sé por qué pensé en papá. Le enviaría una carta, mi primera carta. Le escribiría a la dirección de la foto anunciándole el festejo del cumpleaños de Ángel.

El día del cumpleaños, antes de entrar a “trabajar”, encargué una torta de frutillas (una vez le di a probar y le encantaron). A la salida la retiré, compré helado de banana y chocolate y una botella de champán.

Llegué a casa un poco más tarde de lo habitual. Con el apuro, intenté abrir la puerta sin dejar los paquetes. La llave no giró —algo la trababa— y casi se me cae la torta. La apoyé en el piso.

De nuevo metí la llave en la cerradura y entonces me di cuenta de que no se había trabado: la puerta de calle estaba sin cerrar.

Un nudo en el estómago me recordó aquella otra tarde en que

también encontré la puerta así: la tarde del suicidio.

Me quedé sin aire. ¿Un ladrón? ¿Sería un ladrón? ¿O sería papá? ¿Estaría adentro, esperándome para festejar los veinte años de Ángel? ¿O sería otro el asunto que lo habría traído por casa?

Tiré la cartera y las bolsas y corrí por las escaleras, tropezándose con los escalones como un personaje de caricatura. Parecía que nunca llegaría a la puerta de la habitación azul.

Abrí. No podía ver, de tan mareada. Apoyada contra el marco de la puerta, traté de retomar el aliento.

Miré hacia el pie de la escalera: todo en su lugar. “Nada de papá por esta vez”, me dije.

Dentro de la habitación, Ángel: esperándome.

Corrí a abrazarlo. ¡Qué miedo me daba perderlo, Dios mío!

Cuando logré calmarme, lo tomé de la mano y bajamos juntos las escaleras.

Él hacía esfuerzos por hablar, intentaba articular algún sonido. Como si quisiera contarme quién sabe cuántos secretos. Qué curioso: lo intuía asustado a Ángel, confundido.

Me sentía orgullosa de cómo estaba aprendiendo a desempeñarse solo. Ya no hacía falta que le agarrase el pie para indicarle la bajada de cada escalón.

Lo ayudé a llegar a la silla junto a la mesa, recogí la torta y lo que quedaba del helado. Por suerte la botella no se había roto.

¿Torta y helado con champán? ¿Por qué no? Bebimos hasta no poder

mantenemos en pie. Era como emborracharme con papá. Me sentí protegida, feliz. Y seguí bebiendo, hasta que no quedó una sola gota.

Creo que esta vez Ángel me ayudó a mí a subir las escaleras.

Ya en la habitación nos abrazamos.

Estuvimos largo rato abrazados, parados al lado de la cama.

Mi corazón palpitaba como nunca; sentí que el suyo también.

Nos acariciamos las mejillas, los labios. Le desabroché la camisa y con los dedos le recorrí el pecho. Pero no como cuando lo bañaba hasta que aprendió a hacerlo solo, sino percibiendo en las yemas la textura de su piel que se erizaba al mínimo roce.

Nos besamos con pasión.

Lo ayudé a recorrer mi cuerpo. Ángel se agitaba como si necesitase decirme algo, pero yo lo calmaba con caricias tiernas. Y él me las devolvía a su vez, aún más húmedas y deliciosas.

La cama se había vuelto tibia a medida que pasaban las horas, y el delirio y el ardor volvían a empezar.

A la mañana siguiente, cuando salí para la oficina, me aseguré de que la puerta quedase bien cerrada con doble llave.

El día se me hizo eterno; no veía la hora de regresar a casa. Fue la única vez que deseé que Ángel tuviera la capacidad de hablar, de que pudiera atender el teléfono.

Cuando salí del trabajo noté que se terminaba el verano: un viento frío arrastraba hojas entre las gotas livianas de la llovizna.

Llegué a casa. La puerta de calle estaba otra vez sin llave.

La policía. Debía llamarlos de inmediato.

Busqué el celular en la cartera. Temblaba tanto que precisé de las dos manos para sostenerlo. Mis piernas se aflojaban, no podía ver claramente los números en la botonera. Me apoyé contra la columna de aluminio tratando de amortiguar el temblor. Imposible; parecía que mi cuerpo se mandaba solo. No podía pensar. O sí, tal vez sí podía; mi único pensamiento posible —“Ángel, cómo te encontrarás”— evolucionaba, crecía multiplicándose, agrandándose a medida que pasaban los segundos.

Debí concentrar toda mi voluntad para hacer que mis dedos rígidos se decidieran a marcar el 911.

—Hable —escuché del otro lado de la línea.

—Verónica —dije—. Mi nombre es Verónica. Verónica Ríos. —Mis palabras brotaron con una fuerza insospechada en ese momento. Hablaba y hablaba tartajeante; la garganta áspera, seca, me obligaba a detenerme para tragar saliva. No sé ni lo que dije.

—¿Su domicilio? —me retumbó en la cabeza la voz.

Le dije la dirección.

La voz preguntaba algo, pero yo ya había soltado el teléfono; creo que lo pateé camino a los escalones de entrada de mi casa. Ni siquiera estaba segura de haber dado la dirección correcta. Sentía una gran presión en las sienes; necesitaba descansar. Iba decidida a sentarme y esperar a la policía. Pero... ¿y si

alguien —algún ladrón— había atacado a Ángel, y yo afuera, cruzada de brazos, esperándolos?

No pude soportar la idea.

Presté atención, pero del fondo de la calle no llegaba ninguna sirena ni nada que se le pareciese.

Sosteniéndome del picaporte, empujé con lentitud la puerta hasta que la abertura fue suficiente para entrar. Volví a cerrarla, con la misma cautela.

Apenas entraba algo de la claridad de la calle, pero no prendí la luz. Me desplacé a gatas contra la pared del zaguán. La puerta intermedia estaba abierta; recordé que así la había dejado. Imaginé la proximidad de una mano invisible que se acercaba más y más, acechándome.

En la entrada del *living*, mi mano vacilante dio con el mango de un paraguas. Era ridículo defenderse con eso, pero lo empuñé como si fuese un arma contundente. Noté la presión de mis dientes apretados. Espié hacia la cocina, hacia la escalera, la puerta de calle.

Nada; sólo el silencio.

De puntillas subí a la habitación de Ángel, jadeando tan rápido y entrecortado como si hubiera corrido. Los escalones crujían; los sentía pegajosos bajo mis pies mojados por la lluvia.

Abrí la puerta, encendí la luz...

Y al principio no comprendí.

Se me cayó el paraguas de la mano, pero no atiné siquiera a levantarlo.

Las sábanas habían sido arrancadas de la cama; la alfombra con ositos, desplazada de su lugar.

—¡Án...! —Su nombre se me ahogó; no pude terminar de pronunciarlo. Busqué con la mirada. ¡Se lo habían llevado! ¡Por los indicios, lo habrían arrastrado como a una bestia, una presa recién cazada en las montañas!

Un nudo en la garganta; ni me atrevía a mirar por encima del hombro. ¿Habría más de un visitante en la casa?

Volví al pasillo. Corriendo escaleras abajo, a la luz que venía del cuarto de Ángel, advertí varias huellas; las mojadas serían las mías...

¿Y las otras?

Un grito de desesperación me salió de golpe; no pude reprimirlo.

Aterrorizada por el eco, quedé expectante; era imposible que el intruso, de seguir todavía allí adentro, no hubiera advertido mi presencia.

Pensé en nosotros cuatro; en mamá, en papá, en mi hermano. ¡Hubiéramos podido ser tan felices! Tal vez la verdadera culpable era yo. Verónica, la Responsable del Hundimiento de la Casa Ríos. ¿Por qué no se me había ocurrido en todos esos años? Bien visto, los viejos lo intentaron *todo* para que yo no sufriera con la deformidad de mi Ángel.

“No”, me dije de repente. Ellos no lo habían hecho por mí; no por la tierna y pequeña Veca. Qué ingenua había sido. Ellos no sólo me lo habían ocultado a mí; se lo habían ocultado al mundo. Sacándome de la casa, desterrándome, me habían castigado tanto como a mi pobre hermano indefenso.

Un estruendo.

Miré hacia la puerta de calle... y fue como si estuviese viviendo una película: los del GEOF irrumpían unos tras otros sin dejar de apuntar a la nada y dispersándose por la casa como marcianos invasores.

Me tomaron de un brazo y, cuidando de que no chocara con las puertas o tropezase en los escalones, me sacaron de la casa.

—Espere acá —me dijo uno de los uniformados, que me sentó en un auto—. Enseguida le alcanzan un vaso de agua.

Dos hombres manipulaban un rollo de cinta de “Peligro”, ponían una valla de contención.

Empezaron a llegar más personas. Gente común, curiosos. Venían de a uno, de a dos. Me miraban como a bicho raro, sentada en el auto, custodiada como una presidiaria.

¿Yo no los conocía?

Se acercaban. La estúpida cinta no podía contenerlos.

Me preguntaron si era nueva en el barrio. Los miré con mayor atención: esas caras formaban parte de mi niñez.

—Soy Veca —les dije a mis vecinos, y eso fue lo único que pude articular. Ya no los escuchaba, ya no los veía.

Me había desplomado en el respaldo reclinado y, cerrados los ojos, me sentí como Ángel: tan fuera del mundo...

Y un grito y otro. Órdenes, sin duda. ¿Desde adentro de la casa?

¿Quién gritaría tan fuerte?

Un murmullo me rodeaba; no podía entender.

¿Qué decían?

¿Por qué no se iban y me dejaban en paz?

Y carreras apuradas y forcejeos.

Un alarido histérico.

Una sirena de ambulancia.

“Dios mío”, pensé, “¿habrán descubierta algo?”.

Y alguien me tocó el hombro. Me zamarreó.

—Una nota —me dijo.

Abrí los ojos. Todavía me encontraba dentro del auto. La calle se había convertido en un caos.

—Una nota —volvió a decirme el hombre.

Me alcanzó el papel y se alejó como si me tuviese miedo.

Bajé la vista hacia el manuscrito.

La tinta morada. La letra grotesca, de bordes desprolijos y chorreados, parecía garabateada con la yema de un dedo. Supe que era la sangre de Ángel; habría luchado con los agresores antes de que se lo llevaran. ¿Se lo habrían llevado?

—Lea, por favor —me dijo una voz.

¡Ángel! ¿Dónde estás, mi adorado Ángel?

—Lea, por favor.

“¿Leer?”, pensé. “Él quiere que lea”.

A mi alrededor se había formado una ronda de espectadores silenciosos. La valla había desaparecido.

—Lea, por favor —repitió la misma voz.

Los vi, decía el papel.

Los vi, me retumbó en la cabeza.

Los vi. Los vi. Los vi. Los vi.

Miré nuevamente a mi alrededor: la chusma seguía expectante.

Volví a leer el papel.

LOS VI. NO TIENEN PERDÓN DE DIOS.

Levanté la mirada hacia una mujer que acercaba su mano a mi cabeza. Era una anciana. Me acariciaba con ternura; con desesperación, acaso.

No lograba entender. ¿Qué quería de mí? ¿Intentaba decirme algo? La anciana me miró a los ojos y dirigió su gesto hacia la puerta abierta de la casa.

Me incorporé en el asiento del auto y salí corriendo y nadie atinó a detenerme. En el camino empujé a varios. No podía oír nada; solamente un grito agudo que me brotaba desconsolado desde el pecho.

Y, ya en medio del *living*, me detuve en seco.

El charco de sangre que venía de la cocina había empezado a invadir el piso de la habitación.

Apenas me quedaban fuerzas para moverme, pero di un paso.

Mi desplazamiento alcanzó para verlo: la cabeza de mi pobre Ángel

gel yacía en el piso de la cocina, reposando en una líquida alfombra roja.

—Lea, por favor —alguien repitió o resonó en mi cabeza.

Pensé que se trataba de un sueño, que aún dormía en el auto, que sólo debía abrir los ojos para encontrarme cara a cara con la chusma. Pero, por más que los abiera y los cerrara, el panorama no sufría modificaciones; yo permanecía de pie en el interior de mi casa, viendo la cabeza de Ángel: pálida máscara de goma, pálida en contraste con la sangre del piso.

Me di cuenta de que el papel seguía en mi mano.

LOS VI. NO TIENEN PERDÓN DE DIOS.

El borde inferior estaba arrugado. Logré desdoblarlo.

Ahí estaba la firma del autor del acto.

PAPÁ, decía, simplemente.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 2011.

CLAUDIA CORTALEZZI

(Argentina —Trenque Lauquen, Buenos Aires, 1965—)

Vive en Alejandro Petión, Cañuelas (provincia de Buenos Aires).

Miembro de La Abadía de Carfax, es la antóloga del tercer libro del grupo. Forma parte de Heliconia, editando textos para ciberbitácoras literarias.

Estuvo a cargo de la investigación y redacción de libros sobre temas diversos, publicados en la Argentina y Colombia. Coordina talleres de corrección literaria en narrativa.

Ha cosechado algunos premios. Varios de sus cuentos integran antologías en la Argentina, España y Libia, y también sitios literarios en la *web*.

Su primera novela, *Una simple palabra*, fue editada por Andrómeda en 2010.

En **NM** publicó "El Familiar" (# 15), "Aquellos ojos" (# 11) y "Adefesio" (# 11).

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

